HISTORIA

DE

UN PESO DURO

CONTADA POR ÉL MISMO;

publicada en francés por la señorita
ALIDA DE SAVIGNAC,

Y TRADUCIDA

POR D. M. REMENTERIA Y FICA.

CON LICENCIA.
Madrid: Imprenta de D. E. Aguado.

Agosto 12 *de* 1832.

Se hallará en la librería de Cuesta, *frente á las Covachuelas.*

EL TRADUCTOR.

Esta obrita no necesita mas prólogo que el decir simplemente que engaña con su título: á la inversa de lo que suelen hacer otras. La historia de un peso duro parece desde luego un juguete, y encierra las mas puras ideas de moral, propinadas á la juventud con la destreza ya acreditada de Mademoiselle Alida de Savignac, autora de los Pequeños Proverbios. *Al verterla al español nada he alterado del original, sino el substituir la palabra* duro, *moneda propia nuestra, á la de* pieza de cinco francos, *y al tratamiento de*

vos *francés el* usted *español; circunstancias que en nada mudan la parte moral, ni la ideal de esta obrita. La habilidad de su autora ha sabido encadenar historias al parecer inconexas entre sí para presentar un todo tan interesante á la edad adulta, como á la juventud, á quien particularmente se destina. ¡Pueda mi traduccion haber llenado las miras del original!*

ÍNDICE.

INTRODUCCION.

Ya no se cree en brujas, y no sé por qué: las hay al presente, no de aquellas de capuz puntiagudo, y que untándose con ciertos menjurges volaban por la chimenea, y montadas despues sobre un dragon con alas iban en el mismo dia con su varita de avellano á recorrer las cuatro partes del mun-

do, transformando en horrorosos desiertos las mas risueñas campiñas, y levantando en un abrir y cerrar de ojos un alcazar de oro y de jaspe en el mismo sitio en que no se veian sino miserables cabañuelas. En cuanto á esta especie de brujas estoy íntimamente convencido de que no las hay, y de que se llevaria bravo petardo quien aguardase á alguna de ellas, para pedirles una ciencia que poco mas ó menos se logra con el estudio, una fortuna que la activi-

dad y la economía producen, y una hermosura que facilmente se puede substituir con las virtudes y el deseo de hacerse querer. Pero se encuentran , y sobre todo en las grandes poblaciones, hombres de talento, que emplean sus superiores conocimientos en registrar los mas secretos pliegues del corazon humano. Poseen el secreto de oir y entender á objetos en la apariencia inanimados; y si bien se considera el hombre que lleva sobre sí una alhajilla ó dije

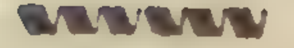
que aprecia juzga estar solo, y tiene sin embargo un testigo de sus deseos é inquietudes, el cual sabe cuando está celoso, cuando colérico, cuando es injusto, &c., y lo repite mejor que el pajarito que suele cantar á los padres las picardigüelas de sus niños.

En consecuencia de tal verdad, uno de estos ingenios, filósofo ó impertinente, segun quiera apellidársele, hallándose un dia en la real casa de moneda de París se vió asaltado del pen-

samiento, no inoportuno á la verdad, de que un duro debia de ser un escelente espía, que corriendo de faldriquera en faldriquera le abasteceria completamente de rasgos y de anécdotas curiosísimas. Escogió pues uno de los que acababan de acuñarse, le tomó por un instante en sus manos sin apretarle demasiado, pronunció en voz baja ciertas palabras de ensalmo, que por ser un secreto particular nos guardaremos muy bien de revelárselas á nuestros lectores, y

volvió á tirarlo luego entre los demas que iban á entrar en circulacion, seguro de que le volveria á reconocer en la época que él le señaló. Efectivamente, á los ocho años se encontró el sabio en su mano con el duro, pero ennegrecido y tan alterado que apenas podia conocérsele. Entró en su casa con él, tomóle como la primera vez en su mano, y despues de esta ceremonia le colocó bajo la almohada de su cama. Acostóse, aplicó el oido hácia el sitio que habia metido el du-

ro, y se durmió. No bien se quedó traspuesto cuando percibió una vocecilla que charlaba, y claramente oyó el sabio lo siguiente.



LUISA,

ó

LA VANIDAD.

Desde el mismo instante en que me ví acuñado, fui notable entre mis numerosos compañeros por un brillo estraordinario, como que no obstante ser todos hijos de un mismo sello, yo solo parecia nuevo, ó por mejor decir, no lo parecian mis compañeros á mi lado: razon por la que entresacado de cientos de ellos fui pues-

to á parte. El que asi me distinguia era un hombre de mas de cincuenta años, pero al cual apenas podian echársele los cuarenta segun lo placentero y contento de su fisonomía. No bien me metió en la faldriquera de su chaleco cuando oí que le llamaban el señor Saint Brieux. Desde luego comprendí, segun los obsequiosos respetos de los subalternos, que estaba en poder de un hombre rico, y adiviné al mismo tiempo que la fortuna le habia favorecido estraordinariamente en su carrera, pues en el modo con que le miraban los empleados de la casa de moneda, y en las ojeadas que se dirigian mutuamente, parece que se decian: "¡Qué hombre tan afortunado! es de aque-

»llos á los que todo les viene á »la mano." En cuanto á mí, simpaticé desde luego con el señor Saint Brieux, y asi como yo le parecí muy superior á los demas duros hermanos mios, asi me figuré que no era facil que otros le igualasen en riqueza y bien estar, y desde luego me persuadí que no le perteneceria por mucho tiempo, segun las repetidas veces que sacó el bolsillo desde la casa de la moneda hasta la calle de Joubert.

Cuando entramos en la habitacion de mi primer amo estaba en la sala una niña de doce años tocando el piano al lado de una señora de mas de sesenta. Luisita, la dijo el señor Saint Brieux, me has pedido tu agui-

naldo en plata, y te le he traido. Luisita se puso colorada al advertir que me presentaba solo. "Ola, la dijo riéndose su papá, que la habia calado el pen»samiento: ¿con qué habias echa»do tus cuentas por mas alto?"

LUISA.

"¡Qué cosas tiene V..... ! yo »pensaba que no dándome el du»ro entero..... sino asi..... en mo»neda menor..... pero para que »vea V. que estimo lo que me »dá, le prometo que he de guar»dar enterito este hermoso peso »duro....." Con trabajo disimuló Luisita su desazon, y me metió en un bolsillo de abalorios con cordoncillo y borlas de oro, cuya amplitud ocupé enteramente.

Era un vestido que me ajustaba al cuerpo, como si hubiese sido hecho para mí.

EL SEÑOR SAINT BRIEUX.

Muy bien, hija mia; te cojo la palabra, y veremos si eres capaz de cumplirla; mas si la quebrantas, eso mismo te ha de enseñar á no darla tan de ligero.

No comia Saint Brieux en su casa en aquel dia, y cuando iba á salir tomó Luisita con un aire burlon el bolsillo en que estaba yo metido, y se dirigió al despacho de su padre para despedirse de él. Quedé sorprendido de la metamorfosis que en pocos instantes se habia operado en el semblante del señor Saint Brieux: no se retrataba en él la

satisfaccion: sus cejas se tocaban una á otra, y en su frente, que por muy poco tiempo habia tenido apoyada en la mano, estaban señaladas las estremidades de las uñas. Sus ojos permanecian fijos en un pliego de papel emborronado de números: diferentes cartas abiertas cubrian el bufete, y él sacando cuentas y haciendo operaciones aritméticas con una mano, tomó con la otra un frasquillo de esencias que olia á menudo.

Al entrar en el gabinete del padre se habia reunido á Luisita su hermano de unos catorce años, y ambos permanecieron un rato silenciosos junto á la mesa del despacho sin distraer á su papá.

SAINT BRIEUX *á su hijo saliendo de su meditacion.*

Ola Julio, ¿cómo vamos de tareas? ¿tienes contento al maestro?

JULIO.

Sí señor.

SAINT BRIEUX.

Tanto mejor: una buena educacion es indispensable (á parte); ¡mas qué de tiempo se pasa antes que un hombre quede completamente educado, y sea capaz de manejarse por sí propio! Pero ¿qué veo, Luisita? ¿todavía tienes el duro? Eso es asombroso.

LUISA.

Verá V. papá como cumplo mi palabra.

SAINT BRIEUX.

Mucho me alegraré, pues así aprenderás á ser muger casera y económica.

LUISA.

Pienso que no sea esto muy dificil de aprender cuando no se tiene mas de cinco pesetas que gastar.

SAINT BRIEUX.

Mas dime: ¿no has oido decir á la señora Horvenne que la ciencia mas importante es la de saber vivir con poco, y hallar ca-

da uno sus satisfacciones dentro de su propio corazon?

LUISA.

Pero eso lo dice cuando habla de los pobres. El padre fijó la vista en su hija, y olió dos ó tres veces el frasquillo. Entró un criado á decir que el coche estaba pronto, y levantándose con esto abrazó á sus hijos, y tomó su sombrero y guantes. Volvieron á despejarse inmediatamente sus facciones, de manera que en aquel momento nadie hubiera dudado en trocar su suerte con la del señor Saint Brieux.

Ambos niños despues que salió su padre fueron al comedor, en donde los aguardaban mada-

ma Horvenne, aya de Luisita, y el preceptor de Julio. La señora Horvenne, á quien yo habia ya visto dando leccion de piano á la niña, era una señora de distincion, y viuda de un hombre que por muchos años obtuvo un sobresaliente empleo, y que si bien no le habia dejado bienes algunos, conservaba la finura y modales del gran mundo á que habia pertenecido, procurando inspirar á su educanda tales sentimientos, mas bien que presentarle una leccion util en su propia persona de las vicisitudes de la suerte.

Siendo ya hora de recogerse los niños me puso Luisa sobre una mesa cerca de su cama, y pude yo espiar sus secretos pensamientos, abandonándose á las mas ri-

sueñas quimeras. A buen seguro que no hubieran bastado las riquezas de todo un imperio para proveer á sus proyectos, pues á decir verdad no pensaba en sí sola, sino que debian entrar á la parte de las munificencias que habia de prodigar *cuando fuese grande* su aya, sus compañeritas y las mugeres que la servian. Apenas hubieran sido suficientes diez años de estudiosa aplicacion para adquirir los talentos y gracias de que se veia adornada en lo por venir; pero Luisita perezosa y disipada, como lo son todas las de su edad, creia que solo con tener quince años se posee lo que únicamente puede adquirirse con el trabajo y la docilidad.

Eran ya las ocho de la maña-

na cuando Luisita dormia en medio de sueños tan agradables, y sin embargo habia cambiado todo para ella. Su padre habia vuelto antes de media noche, acostándose inmediatamente. Un cuarto de hora escaso habria transcurrido desde que su ayuda de cámara salió de su aposento, cuando fue llamado por un violento campanillazo, y encontró á su señor echado hácia el estremo de su cama, con un brazo metido por el cordon de la campanilla, y estendido el otro hácia un frasquito que no habia podido alcanzar. Le habia atacado un espantoso accidente de apoplegía. Todos los de la casa, á escepcion de los niños, le habian suministrado los posibles, pero infruc-

tuosos socorros ; y cuando los médicos declararon á las dos de la mañana que era ya difunto, fue cuando dejaron de atormentarle.

La señora de Horvenne procuró noticiar á Luisa la pérdida que acababa de esperimentar con las prevenciones y rodeos que en tales casos se acostumbran. La desgraciada niña no pudo comprender por algun tiempo cuán grande era su infortunio, y sus facultades quedaron embargadas con tan repentino golpe. Poco á poco fue volviendo en sí, y reparó en mí: el primer sentimiento que se le escitó fue el sincero pesar de haber despreciado el último regalito de su padre ; y asi es que suspendiendo de su cuello

el bolsillo en que estaba yo encerrado, repitió el juramento de guardarme toda su vida.

Ni los criados, ni la misma madama Horvenne conocian á la familia de Saint Brieux, y asi con los cortos datos que pudieron suministrarles Julio y Luisa se apresuró la aya á escribir á un arquitecto anciano, que habian dicho era pariente de su madre. A consecuencia de la esquela de madama Horvenne se presentó la baronesa de Belmart, hermana del arquitecto, y viuda de un coronel distinguido por su valor, la cual venia en representacion de su hermano que se hallaba en camino, y llegó á tiempo de poder abrazar á los niños que llevaba madama Horvenne

á una quinta distante algunas leguas de París.

Bien pronto se justificaron los temores que tenian sobre su suerte futura el aya y el preceptor. Saint Brieux tenia invertidos sus grandes capitales en especulaciones gigantescas, que hubieran podido surtirle bien mediante su crédito, laboriosidad y buena suerte; pero su muerte alejaba y hacia inciertos los resultados, al paso que los acreedores estaban presentes. No alcanzando pues los bienes efectivos ni á pagar la mitad de las deudas, y estando lo restante del caudal dependiente de las especulaciones empezadas, Julio y Luisa se encontraron arruinados.

No aguardaron el preceptor y

madama Horvenne, que habian perdido las esperanzas de ver galardonadas sus tareas, á que se pusiese en claro el estado de la casa, para admitir aquél un empleo en una administracion que se formaba, y ésta el encargo de aya de una princesa estrangera que sus amigos habian solicitado para ella, á fin de subsanarla del acomodo que acababa de perder; mas era indispensable salir sin demora para la Rusia, y abandonar á Luisa cuando nada aún se habia dispuesto de su suerte. Esto no obstante, se decidió sobreponiéndose á su pesadumbre; y para reparar en cuanto fuese posible el daño que acarrearia á su educanda semejante abandono, la dejó madama Hor-

venne por escrito las reglas de conducta que la tenia trazadas para cuando entrase en el gran mundo. Pareciéronme aquellas máximas muy inoportunas, aunque bien escritas, para quien no tuviese cien mil libras de renta. La mas importante, y sobre la que se fundaban las demas, decia: "que »la fortuna era una ridiculez de »mas en aquellos, cuyos moda»les testificaban que la debian á »un capricho de la suerte."

Julio y su hermana se encontraron pues totalmente abandonados, y por su fortuna se contaban en el número de los acreedores á mayor suma Mr. Dupont, uno de los mas ricos plateros de París, y cercano pariente de Saint Brieux, y Mr. Hall, sastre, que

era el mayor acreedor á la herencia. Este se hallaba sumamente rico, y obtuvo una especie de ascendiente en la junta de acreedores, aunque continuaba ejercitando su oficio, y les dijo: "Señores, »todos los que aqui nos hallamos »somos casi millonarios (lo que »era cierto), y no creo que ninguno de nosotros se levantará la »tapa de los sesos si nuestro haber llega á veinte mil francos de »menos: asi pues propongo á vmds. »que sacrifiquemos esta cantidad »para que continúe la educacion »de los hijos de Saint Brieux: muchos de entre nosotros han sido sus amigos, algunos le han »debido beneficios, otros han tenido una parte ventajosa en sus »especulaciones asociados con él,

»siendo este el principio de los »bienes que disfrutan en el dia; »por todo lo cual pienso que no »podremos sin remordimiento de»jar á sus huérfanos en el seno »de la miseria." Habiendo prevalecido su opinion, se estrajo de la masa dicha cantidad, y levantándose entonces el platero manifestó que los veinte mil francos servirian para la educacion de Julio, habiendo determinado su hermana la señorita Dupont tomar por su cuenta la de Luisa. Un murmullo de aprobacion se siguió á esta noticia, y los concurrentes dijeron uno á otro: "Es»ta es una dicha. — La señorita »Dupont no se casará jamas. — Es »muy rica. — Tiene un gran co»mercio de bordados y telas ri-

»cas. — Acomodará á esta ni-
»ña. — Y tal vez la deje su ca-
»sa. — Sí, sí, ella la heredará. —
»La desgracia de Saint Brieux ha
»producido la fortuna de su hi-
»ja." Con esto se separó la junta, y sus individuos dispersándose de dos en dos y de tres en tres, segun su clase y caracteres, prosiguieron mientras se retiraban con la misma conversacion.

No menos alegría causó en la casa de campo esta determinacion de la señorita Dupont. La cocinera mas antigua de Saint Brieux no pronunciaba sino con énfasis su nombre, y atónita todavía de la caida de una casa tan opulenta como la de su amo, en la que se envanecia de haber servido, no cesaba de decir á Luisa ha-

blando de la hermana del platero: "Crea V. señorita, que es ver»daderamente rica, y que hasta a»hora no ha sabido lo que es for»tuna. Nada tiene que temer, ni »aun de los terremotos, porque »si se le cayesen las casas le que»darian sus tierras, si le falta»ban sus tierras le quedaban sus »rentas, y si le faltasen sus ren»tas no por eso perderia las bue»nas talegas que tiene ya ateso»radas." Luisita escuchaba esto como verdadera niña, á la que todo lo por venir se le presenta halagüeño, y solo concibio la mudanza de su situacion cuando vió que iba á mejorarse.

En la misma mañana en que la señorita Dupont debia de ir en busca de Luisa, el arquitecto

que se habia encargado de poner á Julio en un colegio y proveer á sus gastos con los fondos cedidos por los acreedores, envió á por él á un criado en un cabriolé viejo, conducido por un caballejo cuyo pelo largo y aborrascado le daba la apariencia de un oso. Julio dejó que Luisita se riera, persuadido á que una personita como la suya realzaba á todo aquello de que se dignaba hacer uso, y montó en el cabriolé del arquitecto tan pagado de sí, como pudiera un triunfador de Roma sobre su carro. "¡Pobre»cito Julio! se dijo Luisa á sí mis»ma al verle marchar: ¡qué di»ferencia de su suerte á la mia!"

Por otra parte sorprendida de saber que era parienta de Mr.

Dupont el platero, la era dificil conciliar las ideas que se habia formado de éste con las de su hermana. Es verdad que se la habia advertido de que ésta seguia el comercio, porque conocia que tambien su padre le habia seguido, y no podia menos de figurarse muy lejana su categoría de la de un tendero. Clavados pues sus ojos en el camino real, se afanaba por adivinar cuál entre tantos carruages suntuosos como pasaban sería el de su parienta, figurándose cuando menos que llevaria un tiro de cuatro caballos. Saltábala el corazon de alegría al idearse conducida rápidamente; pero mientras hacia castillos en el aire, un coche de los mas simones de París se dirige

lentamente á su estancia, y el cochero, torcido sobre el pescante, animaba con grandes latigazos y continuos juramentos á una tristísima bestia, que se hubiera creido iba á quedar en el sitio, á no ser porque las oscilaciones y brincos del carruage que arrastraba daban á entender los sacudimientos que la daba para poder llevarla. Aquel grotesco equipage se detuvo delante de las berjas: abriéronlas y entró, resonando en el mismo instante en los oidos de Luisa el nombre de la señorita Dupont. La sorpresa hizo que por de pronto echase á correr Luisita, y los que la buscaban para llevarla á su parienta la encontraron al fin oculta tras una mata de lilas, y tan inmo-

vil y fria como una estatua. Siguiólos sin pronunciar una sola palabra, caminando maquinalmente, y con unas ideas tan confusas como las de quien acaba de salir de un triste sueño. Encontró á su prima en la sala en medio de los sirvientes que la llenaban de bendiciones, en tanto que la anciana cocinera la besaba las manos, porque habiendo sabido la primera que asi ella como sus compañeras iban á quedar despedidas, acababa de asegurarla como á la mas antigua que se la asignaba un diario vitalicio, equivalente á los gages que habia percibido en casa de Saint Brieux, y que á las demas les daria otras gratificaciones proporcionadas á sus servicios. Bas-

tó este rasgo de liberalidad y el agradecimiento que habia escitado para conmover á Luisita, y hacerla olvidarse de la idea del fatal simon. Se persuadió desde luego que algun accidente imprevisto habia precisado á la señorita Dupont á venir en tan humilde equipage, esperando se le daria algunas escusas; mas no hubo nada de eso. La señorita Dupont parecia estar muy contenta: acababa de dar con la mayor indiferencia mas de mil escudos, y repetia con cierta especie de complacencia: "El carruage está »á mi disposicion: le he alquilado todo entero; no hay priesa; »el cochero está bajo mis órdenes, y debe llevarme hasta el »mismo umbral de mi casa;" y

cada vez que esto decia volvia á presentarse á la imaginacion de Luisita el trotante cabriolé, el descarnado caballo y asqueroso cochero.

No hubo mas remedio que tomar asiento en el maldito cabriolé, ni pudo menos Luisita de prorumpir en sollozos al salir de las berjas. Creyendo la señorita Dupont, cuyo corazon era bondadoso, que su pesadumbre dimanaba de abandonar la familia de su padre y los criados que la habian servido, procuró consolarla. Tampoco por su parte desengañó Luisita á su prima, porque es mas facil engañarse sobre su propia situacion, que confesarla ingenuamente. Yo, que estaba colocado en el bolsillito

cerca de su corazon, desde luego leí en él que la vanidad era la que la hacia llorar. El carruage entró en la calle de San Honorato de París, en medio de otros de todo lujo que se dirigian á los teatros. A los gritos repetidos de la señorita Dupont se detuvo el cochero delante de una casa de bella apariencia, pero que tenia una gran muestra en la que se noticiaba al público que *La señorita Dupont tenia un gran surtido de bordados de todas clases, vestidos de baile y de gala, &c.* Luisita miró la muestra con tanta sorpresa como habia visto el coche simon; pero su conductora, que la habia penetrado, la dijo:

LA SEÑORITA DE DUPONT.

¿No ha dicho á V. Mariana (que este era el nombre de la cocinera de Saint Brieux), cuál es mi comercio?

LUISA.

No señora, porque yo jamas hablo con los criados.

LA SEÑORITA DE DUPONT.

Muy bien hecho; pero yo deseo que en lugar de llamarme señora me llame V. prima. ¿Con que su aya la ha ocultado que esta parienta que la toma á su cargo es bordadora, aplanchadora, y aun modista? Luisita bajó la cabeza. Hija mia, prosiguió la señorita Dupont, *hay malas*

ventas, pero no hay ningun oficio que sea malo en sí: por otra parte se convencerá V. de que ejercito el mio sin que deshonre á mi familia. Al decir esto iba sacando la señorita Dupont del cabriolé la multitud de paquetitos que componian el equipage de Luisa pasándolos al cochero ó á un criado en chaqueta que se habia presentado á la puerta no bien para el carruage. Estuvo tambien pronto para ofrecer su brazo á la señorita Dupont un factor con su pluma detras de la oreja. Luisa bajó la última, y su llanto se habia renovado, dándose por perdida y deshonrada para siempre en el hecho de vivir en casa de una bordadora. En el primer recibimiento aguardaban á la seño-

rita Dupont seis niñas, que al parecer las dirigia otra de mas edad. La señorita Dupont las abrazó á todas con el cariño de una madre, presentándoles á Luisita como una nueva compañera. Todo el esterior de aquellas niñas manifestaba modestia y la mayor educacion; pero sus delantalitos negros y las grandes tijeras que las colgaban desde la cintura daban á entender que eran oficialas de tienda, y aun acaso aprendizas, con lo cual mas confundida Luisa se escondió detras de su prima con un aire que no le ganó la benevolencia de ella. Con todo, la prevision de la señorita Dupont se habia adelantado á preparar para su parientita un aposento elegantemente amueblado,

y en él una biblioteca escogida y un magnífico piano: todo lo cual manifestaba la intencion de darla una esmerada educacion. No desagradó esto á la recien llegada; mas destruyóse tal impresion á la hora de la cena. La opulenta señorita Dupont no tenia mas criado que uno, y ese de chaqueta, á quien ella nombraba el *Mozo*, y ademas de esta circunstancia, al tiempo de levantar los manteles la primera señorita hizo seña á Luisa para que doblase la servilleta. Despues de cenar se acostó la pobre niña convencida á mas no dudar de que la sería imposible resignarse á vivir en semejante casa: errada opinion que procedia de que cuantas lecciones le habia inculcado

la señora Horvenne, aunque en sí mismas buenas, las apoyaba en las máximas á su parecer perentorias, de que "una persona »que se respetase á sí misma de»bia obrar de esta manera; y de »que una muger de tono debia »conducirse de este modo." Luisa, pues, que no estaba en estado de conocer la realidad del vicio y de la virtud, se creia segun esto desacreditada al ver practicar una multitud de minuciosidades que se la habian pintado como propias de gente baja, ó en otros términos, de la *canalla*.

Un dia mas borrascoso debia seguirse á tan triste víspera. La señorita Dupont, á fin de que Luisa no quedase sola en su aposento, la propuso que eligiese el es-

tar en la pieza de escritorio ó en el obrador con las niñas, y ella eligió despues de muchas dudas el permanecer en el obrador, pues en él podia ser menos vista. Se tenian entonces entre manos los atavíos de una princesa, y todas las jóvenes trabajaban á porfía alegremente: solo Luisa murmuraba contra su suerte, no pudiendo comprender cómo la señora Horvenne habia podido consentir en poner á su educanda en casa de una modista. Sacóla de su éxtasis prontamente el mandarla bajar la señorita Dupont al almacen. En el momento en que entró en la espaciosa pieza que contenia las telas bordadas de oro y plata estaba un caballero negligentemente apoyado so-

bre el mostrador, y los mancebos muy diligentes para servirle redoblaban su actividad formando los fardos de géneros que acababa de escoger. La primera de las jóvenes se manifestaba finamente obsequiosa, y la señorita Dupont unia á sus discursos cierto ligero aire de coquetería, como si le pareciese que no bastaba el aire urbano para tan importante personage. La vanidad de Luisa le sugirió que podia ser uno de aquellos altos empleados que habia siempre echado de menos en casa de su padre, y empezó á pensar que la profesion mercantil pudiera tener algun buen aspecto; pero duró muy poco su ilusion.

LA SEÑORITA DUPONT.

Señor Halff, vea V. aqui la hija del pobre Saint Brieux.

M. HALFF.

Seguramente que es graciosísima. Permítame V., niña, que la abrace. Luisa incomodada de aquella familiaridad echó una mirada desdeñosa al sastre, saliéndose de la pieza sin haberle respondido una palabra, y quedando muy pagada de su conducta. No quedó asi la señorita Dupont, que pasada la hora de la venta hizo llamar á Luisa, y la reconvino sobre su falta de atencion.

LUISA *con orgullo.*

Yo no conocia á ese caballero.

LA JOVEN PRIMERA.

¿Es posible que no conociese V. al señor Halff? Pues bien á menudo concurria á casa de su padre.

LUISA *con mas altanería.*

Yo no estaba en la antecámara para ver quien entraba ó salia.

LA JOVEN PRIMERA *con señales de impaciencia.*

¡Dios mio!

LA SEÑORITA DUPONT.

Luisa, no insistiré mas sobre esta falta porque no gusto incomodarme; pero entre V. en sí misma, y reflexione que si su hermano puede continuar su edu-

cacion se lo debe al desinteres de Mr. Halff. En verdad que mi primo no dejaba jamas en la antecámara á un hombre que diferentes veces le habia ayudado con su bolsillo, que era su compañero desde la niñez, y.....

LUISA *interrumpiéndola.*

No, jamas mi padre se ha abatido hasta tal punto.

LA JOVEN PRIMERA.

Ya lo oye V. señora: bien conocí yo desde ayer que esta niña estaba llena de vanidad.

LA SEÑORITA DUPONT.

Ignoro, Luisita, si su padre de V. se habia ó no abatido tratando con artesanos honrados; pe-

ro sé tambien que si no muda V. de conducta podré evitarla semejantes encuentros no teniéndola en mi casa.

LUISA *con estilo teatral.*

¡Oh Dios! ponedme pues señora en un convento, pues no deseo otra cosa sino ser religiosa.

LA SEÑORITA DUPONT.

No me parece muy buena disposicion la vanidad para tan santo estado: no la pondré á V. por lo mismo en convento alguno, sino en aprendizage, que es lo que conviene á una niña que nada tiene.

A tan terribles palabras se le heló á Luisa la sangre, reteniendo sus lágrimas la propia cólera;

se dejó caer en su silla sofocada, y se la llevó á su lecho, en donde pudo reflexionar mas detenidamente. No tuvo mas compañía por tiempo de dos horas sino una aprendiza de diez años, que se habia puesto cerca de ella para que la cuidase. Mientras que Luisa lloraba contaba su compañera anhelosamente los bombones, que hasta el número de diez encerraba una cajita que la habian dado por la mañana, echándose al coleto primeramente todas las decenas de cada color, pues que la suerte siguiente imponia la misma condicion al número nueve; de tal manera, que siguiendo siempre la suerte del par al non, habia venido á parar al caso de poder contar de una ojeada los úl-

timos bombones de la caja, cuando la directora entró repentinamente en el aposento con el fin de ver si la obstinadilla Luisa habia cedido algo de su ridículo orgullo. Luisa con la cabeza baja dijo tartamudeando : *pido perdon á mi prima, y no lo volveré á hacer mas* : frase comun, cuyo verdadero significado olvidan los jóvenes á fuerza de repetirlas ; pero cuando se trató de dar una satisfaccion al señor Halff, declaró decididamente que antes queria morirse, que hacer semejante cosa.

LA SEÑORITA DE LA TIENDA.

No, querida mia, no se morirá V. por eso, como ni tampoco será religiosa ; pero escuche V. : el señor Halff viene mañana al al-

macen, y pasado mañana se desayuna aqui. Escoja pues de estas dos ocasiones la que mas la convenga para escusarse con él de su desatencion. Si asi no lo hace, desde luego se la pondrá á V. en aprendizage. No obstante la señorita Dupont la dejará la eleccion de la labor á que mas guste V. dedicarse; pero no espere otra deferencia de su parte, á pesar de lo bondadosa que es.

Al decir esto la señorita de la tienda llevó por delante de sí á la mas pequeña de las aprendizas, y salió dejando á Luisa entregada otra vez á sí misma.

Suele decirse que la noche es la consejera en todos los asuntos, y efectivamente la inmediata á esta escena produjo la resolucion

mas desesperada, decidiéndose Luisa á dejar la casa de la señorita Dupont, para sustraerse á la alternativa que se la habia propuesto; pero ¿adónde habia de ir? Ocurrióla por de pronto reclamar un asilo de la hermana del arquitecto viejo que habia tomado á su cuenta el pago de la pension de su hermano, y aunque no habia visto mas de una vez á la Baronesa de Belmart, se persuadia á que una señora de título no podria permitir que se pusiese de aprendiza á una parienta suya por haber tratado con alguna ligereza, ó mas bien haber dado una leccion sobre la clase que le convenia, al señor Halff el sastre. Con efecto, ¡qué cosa mas monstruosa podia dar-

se que el ver que la señorita Saint Brieux, que un tiempo habia sido servida por dos camareras, fuera de la aya, y á quien habian hecho dejar el paseo de las Tullerías como propio de la gente comun, y que iba al bosque de Bolonia con el mas brillante equipage, y habia bailado en un gran wals de niños con el hijo de un ministro, si bien le habia ensuciado los guantes por no querer dejar un merengue que habia empezado á mascullar! ¡qué cosa mas monstruosa en efecto que el que esta misma persona aprendiese un oficio, cuando muchas veces sus propias camareras, en ocasiones en que madama Horvenne la imponia una tarea mas que regular, no dejaban de decir-

la: "Vaya que es hacer trabajar »demasiado á la señorita: no se »diria sino que tiene que ganar »con ello su vida!" Fortalecida con estas reflexiones no pensó Luisa sino en cómo verificar su proyecto. Levántase al rayar el dia, vístese como mejor puede por sí sola, junta sus joyitas, las mete en su pañuelo, y procura reunir su caudalito. Verdaderamente no era gran cosa el que poseia, pues no me tenia mas que á mí y á una peseta de cinco reales. Hubiera querido cambiarme y alquilar un simon hasta la calle de Vaugirard, en donde vivia la Baronesa, pero ademas de que no se hubiera atrevido á atravesar sola todo París, y de que no sabia el camino, la retuvo el jura-

mento que babia hecho á su padre de guardarme, y se resolvió á dar la otra moneda á quien quisiese guiarla hasta aquel punto. Formado este plan abrió poquito á poco la puerta: eran las siete y media de la mañana, las oficialas no habian venido, y la señorita Dupont estaba todavía durmiendo. La fugitiva bajó apresuradamente la escalera, pasó sin que la reparase el portero metido en su aposento, y aprovechándose de encontrar abierta la puerta cochera, se vió en medio de la calle dueña de sus acciones, aunque sola, calzada á la ligera, y teniendo que recorrer una gran distancia en una mañana fria y lluviosa del mes de febrero.

Entre las calles de San Hono-

rato y de San Roque encontró á uno que convino en conducirla hasta el punto deseado, mediante los cinco reales. ¡Cuánto le palpitaba el corazon conforme iba andando! ¡qué de inquietudes! ¡qué de temores sobre si la recibiria bien la señora Belmart, si estaria ya levantada á aquellas horas, si la regañaria por haberse escapado de casa de su parienta! Luisa, que antes de aquel momento habia creido tener salida á todas las objeciones, no sabia ya que podria contestar á ninguna de ellas, y la sola idea de encontrarse cara á cara con la señora de Belmart la oprimia el corazon, y la sacaba las lágrimas á los ojos, en términos que se hubiera dado por muy contenta de

que todo aquello hubiese sido un sueño, y de haberse dispertado en su piececita en la casa de la señorita Dupont; pero ya no podia volver atrás, y hubiera sido mas temible para ella tener que ir á una casa en la que debian estar todos enfadados con ella. Siguió pues lo mas apresuradamente que pudo al taciturno saboyanito que la precedia sin cuidarse mucho de ella. Sus zapatos mojados estaban llenos de lodo: apenas podia sujetar con la mano derecha su corsé que se le habia desatado, y en el puente nuevo tuvo que hacer uso de la izquierda para afirmar su sombrero muy de moda, pero cuyas alas caidas flotaban al aire, y se le iba subiendo al estremo de la ca-

beza. Para cúmulo de desgracias se le rompió una cinta del calzado, de lo que la advirtió una muger, mientras otra le previno que iba á perder su gola. Luisa se detuvo en el terraplen para acomodar su calzado, y cuando tenia empleadas ambas manos en ello se le deshizo el chal, llenándosele la guarnicion de agua cenagosa. En cuanto á su sombrero ya hubiera ido nadando sobre el rio á no habérselo detenido el saboyano, dándole una palmada tan fuerte que se le metió hasta los ojos, lo que dió no poco que reir á los transeuntes. Turbada la pobre niña dejó caer uno de sus guantes, que queria ya abandonar por lo sucio que habia quedado; pero un muchachillo lleno

de honradez y urbanidad, ó malicia tal vez, la persiguió hasta la calle Delfina para devolvérselo.

Jamas se habia visto Luisa mas desgraciada. Un espejo colgado á la puerta de un prendero presentándola al paso lo bien puesta que iba, aumentó mas sus angustias, y la hizo dudar de nuevo si se presentaria ó no en casa de madama Belmart tal cual estaba. Pero ¿adónde habia de ir? La imposibilidad pues de poder responder á esta pregunta que se hacia á sí propia fue para ella una ley que la obligó á ir adelante, llegando por fin á la calle de Vaugirard, en la que pensaba no verse jamas.

La casa que habitaba la señora Belmart era aseada, pero no

podia llamarse hermosa. Luisa se dirigió con trémula voz á la portera, la cual sin dejar de proseguir preparando una gran cafetera que tenia á la lumbre la respondió: "Suba V. niña al cuarto »piso á la derecha, y llame fuer»te, porque veo que ha salido ya »la aya." Esta noticia acabó de desconcertar á Luisa, que no habia podido imaginarse que una Baronesa viviese en tanta altura, y tuviese una sola sirviente. La portera con todo lo habia adivinado, y la misma señora Belmart fue quien salió á abrir la puerta. Al escuchar el nombre de Saint Brieux, que tartamudeó la niña, la cogió por la mano aquella señora, y la condujo á su estancia.

La pequeña habitacion de madama Belmart estaba amueblada con los restos de una magnificencia, que á lo menos tenia quince años de fecha; pero que mediante el asco y buen gusto hacia su papel decorosamente. Despues de haber colocado la señora Belmart á Luisa en un confidente al lado de la chimenea, volvió á sentarse detras de un atril en el que habia un plato de porcelana, en el cual estaba pintando un ramillete, conociéndose por los colores deshechos en la paleta que hacia tiempo estaba trabajando en ello. Pareció como dudosa por unos instantes de si volveria á tomar los pinceles; pero habiendo mirado al relox se decidió y prosiguió pintando. Este

proceder pareció muy estraño á Luisa, que respondió deshaciéndose en lágrimas á la primera pregunta que la hizo la Baronesa sin dejar la obra de la mano. Bien pronto quedó el negocio concluido, pues aunque á las voces de aprendizage y oficio hizo la señora de Belmart un movimiento involuntario, respondió despues como habiendo reflexionado: "La »condicion de toda persona que »carece de bienes es el trabajar. »La señorita Dupont podia en »verdad compartir con V. sin que »trabajase las comodidades de que »disfruta por un efecto de pura »amistad, mas no por obligacion, »ni hay quien pueda vituperarla »de semejante conducta. Con- »fieme V. con franqueza qué es

»lo que puede haber movido á
»su prima, que es una bellísi-
»ma joven, á renunciar á los de-
»signios que tenia concebidos en
»favor de V. bien generosos, se-
»gun me lo han contado, y cor-
»respondientes á su noble ca-
»rácter." Luisa esplicó como pu-
do la condicion bajo la cual se
la habia prometido perdonarla,
juzgándose suficientemente justi-
ficada con decir que la precisa-
ban á dar una satisfaccion al se-
ñor Halff el sastre de no haber-
le querido devolver el abrazo
con que la habia agasajado. La
señora Belmart que la escucha-
ba atentamente supo eslabonar
sus preguntas con tal destreza,
que la condujo á que la decla-
rase todo el fruto de la vana

educacion que habia recibido, ga-
nando á Luisa toda su confian-
za por medio de sus modales sen-
cillos, pero nobles. La niña creia
estar tratando con su querida
Horvenne, pues con efecto se pa-
recian ambas señoras en lo este-
rior, tanto cuanto eran diferen-
tes en su respectivo caracter.

Cuando Luisa concluyó su nar-
racion la señora Belmart, des-
pues de haber mirado por segun-
da vez al relox, dejando su atril
y sentándose en el confidente la
dijo: "Amiga mia, no es tan des-
»dichada su suerte como lo pien-
»sa: se olvida V. del derecho
»que la pertenece á los veinte mil
»francos dejados á su herma-
»no. Es cierto que esta adjudica-
»cion á favor de él proporcio-

»nándole una educacion brillan-
»te, pudiera en algun dia abrir-
»le una carrera honrosa, pero al
»fin es V. su igual; este dinero
»compartido entre ambos les ni-
»velará, y de este modo su suer-
»te futura y la de V. quedará
»en manos de la Providencia."

LUISA.

¡Oh! no señora, no: si yo no puedo conservar mi clase sino despojando á mi hermano, hágase de mí una artesana ó lo que se quiera: no lo vea yo jamas si he de desdorarle, y sea Julio feliz; sea cuanto mi papá queria que fuese.

LA SEÑORA BELMART *abrazando á Luisa.*

Me agrada mucho ese modo de pensar, pues me manifiesta tener un buen corazon; pero no por eso crea V., Luisa, que tan facilmente se degrada la verdadera virtud. "Hay un protector »para todas las clases de la so»ciedad." Esto lo dijo la señora Belmart, presentándola un libro de los Evangelios, á cuya vista Luisa manifestó cierta sorpresa de que bien pronto hubo de avergonzarse. No me admira, continuó la señora de Belmart, el asombro que manifiesta V., pues nada hay mas raro en el dia que el hablar de los deberes y feli-

cidad de un verdadero cristiano; sin embargo son ellos un verdadero apoyo en la vida, y facilitan cosas que parecerian impracticables sin su auxilio. Es V. muy joven todavía para comprenderme; pero no podrá menos de convenir conmigo, en que olvidar una ley que dice *amaos los unos á los otros*, es renunciar á grandes goces; y que si siguiese este divino precepto, ninguno de sus semejantes la podria merecer un indigno desprecio: sabria V. mirar á todos los hombres como á hermanos suyos, respetar á los que en la sociedad estan constituidos en dignidad, y preferir en su corazon de V. á cuantos viese que seguian la virtud. ¿Sabe V. quién es el señor Halff á quien

desprecia por sola su denominacion de sastre?

LUISA *con timidez.*

El protector de mi hermano en la junta de acreedores de mi papá.

LA SEÑORA BELMART.

Y el protector tambien de su padre. Sí, mi querida Luisa: no siempre brilló la fortuna de Saint Brieux con su resplandor efímero que todavía la deslumbra: fue desgraciado en sus primeros negocios, y bien pronto disipó su mediano patrimonio. Entonces todos hablaban mal de su padre de V., se le motejaba de una ambicion inoportuna. Sus amigos jóvenes se le huyeron, y el señor

Dupont mandó á sus hijos rompiesen toda conexion con él: solamente Halff se mantuvo fiel á la amistad, y cuando una gran enfermedad vino á echar el sello á las desgracias de Saint Brieux, recogió en su casa á su moribundo amigo, le cuidó con la ternura de hermano, no perdonando ni gastos ni desvelos, y ya que le vió restablecido, le obligó á que admitiese el producto de sus ahorros para probar de nuevo fortuna: fuele favorable esta vez, y llegó sucesivamente al estado que le habeis conocido. Las inclinaciones sencillas de Halff le alejaban de una casa tan lujosa como la de Saint Brieux; mas éste le conservó el mas vivo sentimiento de gratitud que compar-

tió con su madre de V., cometiendo solo el yerro de no haber sabido inspirarla á sus hijos.

LUISA *llorando.*

Por Dios, señora, que me vuelva V. á casa de mi prima, que yo pediré perdon al señor Halff, y si es preciso de rodillas: sin duda me perdonará, pues siendo tan generoso para sus amigos no podrá menos de ser indulgente para con los hijos de éstos.

LA SEÑORA BELMART.

Lo espero asi, y cuento tambien con la bondad de la señorita Dupont. Vamos ahora á desayunar, que luego concluiré yo este ramillete, cuya labor he ju-

terrumpido por oir á V., y partiremos al punto.

LUISA.

¿Este ramillete es para alguna fiesta?

LA SEÑORA BELMART.

No, es para un mercader. Habiendo quedado viuda y sin bienes me valgo de mis talentos para no ser gravosa á mi familia. Ya ve V., querida Luisa, que la persiguen las artesanas, y si es absolutamente indispensable que aprenda V. un oficio, la ofrezco enseñar el mio, dado que no la parezca humillante.

LUISA *arrojándose en brazos de la señora Belmart.*

¡Ah, señora! me daré por fe-

liz, y me envaneceré de poder imitar á V. en todo. La señora Belmar, despues de haber hecho limpiar y componer en cuanto era posible los vestidos de Luisa, entró en un coche simon para volverla á casa de la señorita Dupont. Yo me alegraba sinceramente del placer de entrambas, y de las buenas disposiciones de aquella niña, á quien la vanidad habia hecho tan desgraciada, cuando se quebró un anillito de la cadena con que ella me tenia pendiente del cuello en el bolsillo sin que lo reparase: el bolsillo y yo nos deslizamos desde su corsé á la paja del pavimento del coche, y cuando desmontó quedé separado de ella para siempre.

EL BUEN USO

DEL DINERO.

Despues de haber recibido el precio de su alquiler á la puerta de la señora Dupont, volvió á subir el cochero en su pescante, y dirigió sus caballos hácia la plaza de Palacio real, mirando cuidadosamente á derecha é izquierda, por si la fuerte lluvia que caia empeñaba á alguno de los transeuntes á renunciar el económico proyecto de ir á su casa á pie; cuando adelantándose un

caballero á la puerta de una pastelería levantó el baston gritando: *¡Cochero!* Á tal llamamiento detuvo prontamente el conductor sus caballos, y no con menos prontitud que él hubieran salido de la tienda dos niños, aunque ocupadas cada mano con bollos, á no haberles contenido el caballero. En seguida se presentaron otros dos, tambien niño y niña, pero con un aire mas juicioso, y despues se adelantó una muger joven llevando en brazos á otro niño, al parecer de dos ó tres años. No era poco negocio embarcar toda aquella colonia: los primeros niños que habian concurrido eran turbulentos y enredadores, y pretendian que quieras que no quieras trepar antes

que todos al carruage, al mismo tiempo que su madre, cubierta con un paraguas que su marido sostenia, y no atreviéndose á poner la punta del pie en un empedrado lodoso, gritaba: "¡Francis»co! ¡Enriqueta! quedad á mi la»do: los caballos pueden echar á »andar, tened cuidado con el ar»royo: ¿qué has hecho Enriqueta? »He aqui perdidos los zapatos que »acabas de estrenar." Tomando entonces el padre un tono severo pudo restablecer la disciplina en su destacamento, y dirigiéndose despues á su muger: "da»me, la dijo, á Pepito, y sube tú la primera." Asi lo hizo su esposa, y no bien se sentó cuando estendió los brazos para recibir al mas tierno de sus hijos.

EL PADRE *llamando.*

¡Sofía!

Entonces se adelantó la mayor de las hijas que se habia quedado atras, marchando cuidadosamente bajo el paraguas, que todavía sostenia el padre.

LA MADRE.

Ahora, ven poco á poco, Enriqueta; ¡ea! ya has metido otra vez el pie en el arroyo: vas á ensuciar el zagalejo de tu hermana si la sigues tan de cerca: Teófilo, Francisco, venid ahora vosotros. No fue necesario mandárselo por segunda vez á los muchachos, que de dos brincos se pusieron en el carruage. El padre fue el último que subió, y

colocándose al vidrio, y sacando la cabeza por la portezuela gritó al cochero: "Calle de Charonne, »número 39, barrio de San An»tonio." El pobre cochero exhaló un suspiro como de sentimiento.

EL PADRE.

No quedará V. descontento, ande V. Con esto cerró la portezuela, y echó á andar el carruage.

FRANCISCO *despues de un rato de silencio.*

Mire V., mamá, este Teófilo que me coge todo el sitio.

TEÓFILO.

No hay tal, pues que estoy tan apretado contra papá.....

LA MADRE.

Francisco, no seas asi.

ENRIQUETA.

Papá, este Francisco no hace otra cosa sino jugar con las piernas y emporcarme todo el vestido.

EL PADRE.

Francisco, ¡eres inaguantable!

LA MADRE.

¿Pero no sabeis que mamá ha prometido llevar el jueves próximo á ver los juegos de Franconi á los que hayan tenido mas juicio en estos ocho dias?

TODOS LOS NIÑOS JUNTOS.

Entonces voy yo, mamá, ¿no es verdad? y yo, y yo tambien.

LA MADRE.

Pero yo he dicho que á los que hayan tenido mas juicio.

FRANCISCO *moviendo los pies é imitando el galope del caballo.*

¡Qué gusto ir á ver las carreras de Franconi! arre, arre, ¡Jesus qué gusto!

LA MADRE.

Pues, qué gusto el que nos hayas llenado de paja con tus cabriolas.

SOFÍA *sacudiendo su vestido encuentra el bolsillo que Francisco habia hecho saltar.*

¡Ay que bonito bolsillo, mamá

LOS NIÑOS.

¡Un bolsillo! á verlo, á verlo!

FRANCISCO.

Es mio, porque yo le he encontrado con la punta del pie.

ENRIQUETA.

No señor, sino que ha sido Sofía.

FRANCISCO.

No por cierto, he sido yo.

TEÓFILO.

Pues bien, tú tendrás que volverlo á su dueño.

FRANCISCO.

¡Pues no faltaba mas! si yo le he encontrado.

TEÓFILO.

Pues lo encontrado se vuelve á su dueño, ¿no es verdad, papá?

EL PADRE.

Es ciertísimo.

FRANCISCO.

Pero ¿por qué razon, papá?

EL PADRE.

Por la misma de que cuando

el otro dia perdiste al volver de la escuela el cartapacio, te alegraste mucho que el hijo del señor Durmon te lo devolviese en vez de quedarse con él.

SOFÍA.

Dígame V., papá, ¿ y qué se hace para volver una cosa que se ha encontrado, cuando no se sabe quien la ha perdido?

EL PADRE.

No hay cosa mas facil. Yo no sé, v. gr., de quien es este bolsillo; mas cuando lleguemos á casa haré que lo lleven al comisario de policía, diciendo el número que tiene este coche, la hora en que le he tomado, y el nombre de la calle en que estábamos:

preguntarán al cochero, y dentro de pocas horas volverá esta alhaja á poder de su dueño.

ENRIQUETA.

Pues siendo asi, importa poco que se pierdan las cosas.

FRANCISCO.

Ya se ve, porque fuera de encontrarla se toma uno la incomodidad de devolverla, y en recompensa se queda con las manos vacias.

EL PADRE *conteniendo la risa.*

Pero semejantes cálculos son inoportunos cuando se trata de obrar bien.

LA MADRE *tomando el bolsillo de mano de Sofía.*

El bolsillo es lindísimo, pero no contiene sino un duro.

SOFÍA *tomándome.*

¡Qué hermoso! ¡cómo reluce!

TEÓFILO.

Y es nuevo.

FRANCISCO, ENRIQUETA Y PEPITO *á una.*

Veámosle; dámele, Sofía.

FRANCISCO.

A mí.

ENRIQUETA.

No, á mí.

PEPITO.

Yo lo quiero, hermanita.

TEÓFILO.

Sofía, dámele, porque quiero ver de qué año es.

LOS OTROS NIÑOS.

Y yo tambien.

Con esto Teófilo me tomó de manos de Sofía, y me presentó á su padre, el cual tuvo que defenderme contra Francisco, que se empeñaba en apoderarse de mí. Enriqueta pretendia por su parte lo mismo, y Pepito, casi tirándose del regazo de su madre, me perseguia con su manecita gritando como un desesperado.

SOFÍA *tristemente.*

¿Y para qué queremos mirar tanto esa moneda, supuesto que no ha de ser nuestra?

FRANCISCO.

Pero si V. no hubiera sabido, papá, que es menester llevar lo que se encuentra al comisario, ¿hubiera sido para nosotros el duro?

TEÓFILO.

Y si el comisario no puede dar con el dueño ¿se lo guardará él?

LA MADRE.

Ya ves, amigo mio, que titubea la probidad de tus hijos: con-

temporiza con la debilidad humana: pon otro duro en el bolsillo, y dales ese cuyo brillo les seduce tanto.

SOFÍA.

Pero mamá, ¿no será siempre mal hecho el guardar una cosa que no es nuestra?

LA MADRE.

Como el bolsillo es demasiado elegante para que pertenezca á un niño, y no hacen diferencia alguna las personas mayores entre monedas de un mismo valor, no escrupulizo en suplicar á vuestro padre que os haga este regalo.

EL PADRE.

Sea enhorabuena: al cabo me

cuesta ciento setenta cuartos; pero, querida, echas una manzana de discordia que va á producir á lo menos cien castigos, y el doble de *reprimendas*: porque ¿á quién le darás?

FRANCISCO.

Al mas juicioso.

SOFÍA, TEÓFILO Y ENRIQUETA.

Segun eso él no lo quiere.

EL PADRE.

Con todo, Francisco da un consejo desinteresado.

LA MADRE.

Yo habia pensado por de pronto lo mismo que él, y sabia ya á quien destinar el duro; pero

mudo de resolucion, y lo daré al que diga cuál es el mejor uso que de él puede hacerse. Poco á poco, y hable cada cual á su vez.

PEPITO.

Y yo tambien, mamá.

LA MADRE.

Sí por cierto, querido, y el primero. Entonces tomándome la señora en una de las manos me enseñó á su hijo mas tierno, el cual chispeándole los ojos de alegría alargó su manita para atraparme; pero ella alejándome le dijo: "No, no, es menester que di»gas lo que tú harás con esto."

PEPITO.

Yo haria..... yo haria.....

Y todo avergonzado y con el semblante como una rosa ocultó su bella cabeza rubia en el regazo de su madre, que era su acostumbrado refugio.

ENRIQUETA.

Yo si tuviese ese duro me vestiria de máscara por Carnestolendas con mi hermana, mis hermanos y mi aya Luisa: les pondria un hermoso coche, é iríamos á paseo por todo París. (El padre y la madre se echaron á reir.)

FRANCISCO *interrumpiendo á su hermana.*

Esas son tonterías, Enriqueta: si yo tuviese un duro, y tan nuevo como ese, compraria un re-

lox como el que lleva papá, pues es muy divertido el oir tin, tin, tin, tin.

EL PADRE.

Pero como por un duro no se puede adquirir ni seis vestidos de máscara, ni un carruage, ni tampoco un relox de repeticion, tú y Enriqueta estais ya fuera de oposicion.

FRANCISCO.

Pues si Teófilo y Pepito hubieran dicho esto ya hubieran ganado.

EL PADRE.

Y yo digo á vmd., caballerito, que una reflexion tan inóportuna le cuesta á vmd. los ratos

de holgueta en lo que queda de semana.

LA MADRE *con un tono de incomodidad.*

He aqui, Francisco, lo que te sucede siempre, ya se trate de estudio, ya de juego, siempre te toca el mochuelo.

EL PADRE.

Sí, porque no hay cosa que no eche á perder un niño de mal caracter.

LA MADRE *despues de un corto silencio.*

Con que ya nadie quiere este hermoso duro.

SOFÍA *con timidez.*

Yo me alegraria mucho de que fuera mio, pues en tal caso compraria pan y carne con una buena porcion de batatas, para dárselo todo á la pobre bollera que tiene su puesto á la esquina de nuestra casa, á fin de que pudiese alimentar mejor á su niño, que tan á menudo suele tener hambre.

ENRIQUETA.

Y tambien suele tener á menudo frio cuando va con los pies descalzitos sobre la nieve.

SOFÍA.

Tal vez fuera mejor vestirle; pero como se debe escoger por-

que no puede hacerse todo con un duro.....

TEÓFILO.

Sí, muy bien; y cuando se rompiesen los zapatos, y se comiese el pan, la carne y las batatas ya no tendrias cuartos para dar á otros. Si fuera que tú daria el dinero á la pobre muger, diciéndola comprase mejores bollos, que no se le quedarian á pasarse sobre la mesa, y con eso ganaria mas, alimentando mejor á su niño, y cada dia podria comprar el mismo número de bollos, ¿no es verdad, papá?

EL PADRE.

Muy bien, Teófilo, tú te llevarás el duro; pero como el pri-

mer pensamiento de tan buena accion ha sido de Sofía, ireis ambos á llevarlo á la pobre muger.

Los dos niños saltaron de alegría dando palmadas, mientras que Enriqueta y Pepito murmuraban por lo bajo, diciendo: "y »yo tambien, y yo tambien." En cuanto á Francisco, despues de la reprimenda se iba haciendo el dormido.

Llegamos á la calle de Charonne, número 30, y toda la familia salió del coche de alquiler, entrando en casa, menos el padre, que fue en seguida con Sofía y Teófilo á llevarme á mi nuevo destino. Salí pues del hermoso bolsillo tejido de oro en que me habia puesto la graciosa Luisa para pasar á manos de una

pobre muger, que me recibió santiguándose mil veces, y echando otras tantas bendiciones al padre y á los hijos, asegurándoles que su beneficio le sería muy util. En mi nueva mansion no se veia sino miseria. No estaba solo, sino mezclado con algunas piezas de calderilla en la ancha faldriquera de un haraposo delantal.

Sin embargo, antes que cayese la noche la bollera levantó su puesto, tomó á su niño por la mano, y fue á abastecerse á casa de un famoso pastelero en la calle de San Antonio, frente por frente del colegio de Carlo Magno; y temerosa de perder su único é inesperado tesoro, me sacó la pobre muger de la faldriquera para trasladarme á su corsé. Que-

jábase el niño al ir con su madre, porque le hacia daño uno de sus zuecos que estaba roto, y por un momento titubeó la ternura de su madre en si destinaria algo del fondo aplicado á su comercio para remediar aquel inconveniente. Pudo por fin resistir á tan fuerte tentacion; pero como se encontraba algo mas rica de lo regular, quiso dar á su hijo algun gusto. Compróle pues una trompetilla de á dos cuartos en vez de zuecos nuevos, consiguiendo con esto que el niño quedase igualmente contento. En un ángulo de la plaza de la Bastilla se veia un despacho de lotería, que con su resplandor distrajo al niño de la diversion de su trompetilla. Era un transparente ador-

nado de cintas, y en medio la palabra *infalible*, escrita con letras de diferentes colores, y que despedian un vivo resplandor: naturalmente se dirigió la vista de la bollera á la perspectiva que deslumbraba á su hijo. Los tres números señalados como infalibles estaban maravillosamente demarcados, asi como la tarifa de las ganancias que promete á sus víctimas el burlon juego de la lotería. Los infalibles 3, 45, 72 debian producir seis mil quinientos francos por ciento setenta cuartos. Seis mil y quinientos francos ¡qué fortuna tan inmensa! La pobre madre miró á su hijo, despues á sus propios vestidos tan andrajosos que la avergonzaban, y al cabo me sacó del

corsé. ¡Ah! ¡si yo en aquel instante hubiese podido hablar! Hubiera pedido al cielo fervorosamente me concediese el escaparme por un momento de la mano que me tenia, esperando que el temor de haberme perdido la diese á entender la pesadumbre á que se esponia, arriesgándome á tan azaroso juego. Otorgáronse mis deseos mas de lo que yo hubiera podido esperar, pues dejándome caer por descuido dí en el suelo cara arriba, lo que segun las necias ideas de la pobre muger era señal de que no acertaria. "No, no, no saldrá el terno segun esto, esclamó;" y dándose por contenta de haber evitado asi el lazo que la tendia su credulidad y sin detenerse, se en-

caminó á la tienda, en donde me permutó por pastelería menuda, de muy buena apariencia, y de un olor escitativo del buen apetito.

A la mañana siguiente pasé de las manos del pastelero á las de una lechera, que me dió á un especiero, y éste á su vez á una rechoncha cocinera. No permanecí mucho tiempo en poder de ésta, y en menos de cuatro horas dí la vuelta á todo un mercado de comestibles, sin que nadie parase la atencion en un relumbrante brillo, siendo lo mas singular que no perdí nada de él con andar en tan diferentes manos.

GERMANITO.

Vine á parar hácia la noche á poder de una verdulera, la cual enamorada de mi brillo me puso á parte para pagar la mesada de su maestro de escribir: no causándome poca sorpresa que la discípula que me destinaba para su maestro tenia treinta y pico de edad, cuando este contaba apenas trece.

Era Germanito, con quien estuve quince dias, el muchacho mas guapo que en mi vida habia visto. Una salud florida, un corazon satisfecho y una alma

alegre constituian su caracter, y no obstante trabajaba demasiado para un muchacho de su edad; pero recogia el fruto de su buen proceder, porque si Dios se muestra indulgente para con las faltas de los hombres, y lento en castigarlas, es porque no ha fijado goces reales sino á la práctica de las virtudes. Germanito era huérfano: su abuela ya anciana le tomó á su cargo, y le envió á la escuela hasta los once años; pero como despues hubiese caido la pobre muger en una paralisis, y se encontrase ademas atacada en la parte intelectual, una señora caritativa tomó á su cuenta pagarla el alquiler, el señor cura suministraba el pan, y Germanito hacia lo restante. Co-

mo habia sabido aprovecharse de las lecciones tomadas, enseñaba á su vez á leer, escribir y contar á las artesanas demasiado adultas para ir á la escuela. Tenia tres discípulas, dos de las cuales le pagaban cinco pesetas mensuales, y la tercera pagaba su enseñanza quedándose á guardar á la buena abuelita cada noche, en tanto que German estaba en la escuela gratuita consolidando sus conocimientos adquiridos, y aprendiendo los primeros elementos del dibujo.

Mientras permanecí con aquel niño le ví levantarse cada dia al amanecer, preparar el almuerzo, y limpiar la casa. Despues colocaba á su abuela en una silla poltrona que él mismo habia com-

puesto, servíala una taza de café con leche, y él engullia alegremente un mendrugo, porque el café ó las manzanas le hubieran costado dos cuartos; y si bien dos cuartos son cosa muy insignificante en sí, sabia German que dos cuartos diarios al cabo del mes eran siete reales, y estos siete reales los iba llevando á la sociedad filantrópica, con cuyo método su abuelita podia tener un médico bueno, y abundantes remedios como si fuese rica. Despues de desayunarse se ponia á trabajar, haciendo espadas de madera para los niños, pelotas y cometas. Cuando iba á la escuela, y no teniendo su abuela medios para proporcionarle juguetes en los ratos ociosos, aprendió Ger-

man á fabricarlos por sí mismo y los vendia despues á un rico comerciante de la calle de San Martin, con cuyo producto, unido al de sus lecciones, alimentaba á su abuela y á sí propio. Ya estaba pensando en que cuando fuese mayor y ganase mas, no tendria que recibir el pan del señor cura, y ansiaba tambien por descargar á la caritativa señora de la pension de pagarle el alquiler de la casa. Aunque German se atrevia apenas á malgastar una hora en su recreo, no por eso estaba triste, porque siempre ahorraba algunos instantes para consolar al desgraciado, ó aliviar á quien podia. No se puede esperar en verdad gran cosa de un niño pobre y débil; mas un ha-

lago ó un pedazo de pan al perro de un ciego en vez de una pedrada, el ayudar á un enfermo que andaba trabajosamente, el dar la mano á un niño mas pequeño que él para que no se mojase los pies al atravesar el arroyo, y un aire respetuoso y de estimacion para con la ancianidad y los achaques, no exigen grandes esfuerzos, y retratan en la fisonomía aquella benevolencia y amabilidad que llenan de verdadera alegría el corazon de quien las ejecuta. Cada dia me miraba Germanito con mayor gusto, escitándole mas y mas á la laboriosidad y economía el deseo de conservarme intacto. Lisonjeábame pues con la esperanza de presenciar por mucho tiempo la con-

ducta de tan virtuoso niño, cuando el 25 de julio, víspera de Santa Ana, oí que estaba destinado para pagar un vestido, el cual era el regalo de dias que German hacia á su abuela. Dejé pues con harto pesar mio mi pobre mansion para pasar á un bellísimo mostrador, en el que estuve poquísimo tiempo. Una señora muy elegante, á quien oí que llamaban la señora Melval, me tomó en cambio de diferentes monedas de oro, me echó con negligencia en su bolsillo, subió á su coche lleno de paquetes, y pronto nos condujeron dos caballos trotones á su casa, situada en una de las mas lindas plazas de París.

ELENA,

ó

LA INDISCRECION.

No bien salió del coche la señora Melval, vino á arrojarse en sus brazos una niña, al parecer de seis á siete años, á la que abrazando su madre la dijo: "buenos dias, Elena."

ELENA.

¡Ah mamá! no lo sabe V.: desde que V. ha salido papá se

ha encerrado en su despacho, se ha despedido sin que le vean á todos los que han venido á hablarle, y nada, nada han trabajado los amanuenses en todo el dia. Y lo que dice mi aya, cuando un hombre abandona asi sus negocios, algo quiere decir.

LA SEÑORA MELVAL *interrumpiéndola.*

Lo que quiere decir es que tiene jaqueca, y que cuantas personas hacen semejantes observaciones son tan necias como mal intencionadas.

Al decir esto dirigió la señora de Melval á su hija una severísima mirada, y á estar yo en su lugar hubiera castigado con mayor rigor á aquella charlatanilla.

Subió en seguida á la estancia de su marido, y detras de ella la niña. El señor Melval estaba no enfermo, pero sí muy agitado: respondió distraido á las preguntas de su esposa, quejándose de calosfrios y de debilidad; pero mudando despues de conversacion la dijo: "¿Vas hoy á ver á tu cuñada?"

LA SEÑORA MELVAL.

Asi lo pienso, y quisiera adivinar qué recibida me prepara. Por lo demas conozco el motivo de su incomodidad: te acordarás acaso de que repetidamente mi cuñada referia como Elena, apenas dejó la ama de cria, le habia echado á perder un vestido

de terciopelo color de rosa, poniéndola sobre las rodillas un puñado de achicorias cocidas que acababa de robar en la cocina. Fastidiada yo de tanto vestido de terciopelo de color de rosa y tantas achicorias, dije que á ser ella hubiera acumulado esta accion á algunos grandes personages, puesto que en el dia estan en boga los epigramas sobre las gentes ilustres. Ignoro quien le fue á chismear esta chanza, pero no que se puso enfurecida; y como no se suele uno atrever á enfadarse por solo lo que personalmente le pase, ha pretendido que mi dicho era querer ridiculizar las memorias que su madre acaba de publicar.

EL SEÑOR MELVAL.

Mas en fin por leves que sean las causas, no por eso dejas de ponerte en mal con toda la familia.

LA SEÑORA MELVAL.

Esa parece una reconvencion; pero, amigo mio, para dar gusto á mi tio ¿deberia yo tener en casa á su vieja Tomasa despues de su necedad en decir lo que dijo delante de Elena acerca de la diferencia que hay entre los abogados de otros tiempos y los de ahora? No á fé mia, ni por una fortuna mucho mayor de aquella de la que puede privarme mi tio dejaria jamas impune semejante atrevimiento, y ma-

ñana mismo haré otro egemplar igual.

Entonces refirió la señora Melval á su marido lo que Elena le habia contado. Éste apareció turbado, y sus facciones retrataban algo mas que el afecto la cólera. Mientras preguntaba vivamente á su esposa, llegó un criado con un recado del señor Le Sage que deseaba saber si, no obstante estar el señor Melval indispuesto, podria hablarle cuatro palabras.

EL SEÑOR MELVAL.

Sí por cierto (salió el criado.) Me estaba temiendo que Le Sage no viniese, pues jamas encuentra tiempo para nada.

ELENA *con viveza.*

A no ser para fastidiar como lo dice mamá.

Su padre la echó una mirada fulminante; mas su debil madre se contentó con apretarle los labios con dos dédos, para darla á entender que debia callar. No quedó sin embargo poco desconcertada, cuando al volver la cabeza se encontró ya junto á sí al señor Le Sage, que sin duda debia de haber oido la cita que acababa de hacer Elena. Melval y Le Sage se retiraron á hablar confidencialmente sentados en un ángulo de la pieza, é inmediatamente empezaron á tratar de negocios. Melval instaba al parecer al otro, el cual respondió

á todo: "El alterar nuestros pri-
»meros convenios desorganizaria
»el empleo de mi tiempo, y sa-
»beis muy bien que ni un mi-
»nuto tengo de sobrado." El se-
ñor Melval volvia á cada instan-
te su semblante encolerizado há-
cia su esposa é hija.

Previendo su esposa una inme-
diata esplicacion con él, envió á
Elena al lado de su aya, y to-
mando su labor se situó á un la-
do de la chimenea para aguardar
alli á que saliese Le Sage. No
bien esto se verificó, esclamó Mel-
val con desesperado tono: "Soy
»perdido."

LA SEÑORA MELVAL.

¿Qué hay, amigo mio?

MELVAL.

Pues qué ¿no has comprendido que este maldito de procurador, irritado contra nosotros, gracias á la charlatanería de tu hija, se ha negado á cuanto le he propuesto, y exige que para mañana á medio dia entregue noventa mil francos á los herederos Desgriselles, de quienes es por substitucion tutor?

LA SEÑORA MELVAL *atónita.*

¿Pues y estos noventa mil francos?

MELVAL.

Estos noventa mil francos deberia tenerlos aqui, y no los tengo.

LA SEÑORA MELVAL.

¡ Cómo ! ¿ de cuando acá tú tan prudente? ¿tan escrupuloso? ¿pretendes acaso hacer conmigo alguna prueba ?

MELVAL *interrumpiéndola con impaciencia.*

¡ Pluguiese á Dios que asi fuera ! He jugado este dinero, y lo he perdido (*su esposa prorrumpe en un grito de horror*). Ese espanto es muy natural : porque ¿ quién no se horrorizará de mirarse unida á un jugador ?

LA SEÑORA MELVAL *tomándole de la mano.*

No, amigo mio, tú no eres jugador. Sin duda te comprome-

tieron; y aunque me es doloroso lo pasado, nada de esto temo en lo por venir.

MELVAL.

Puedes creerme que no desmentiré esa confianza, pues la leccion ha sido muy dura, y te juro no olvidarla jamas.

El juramento de Melval era sincero, y le salia de lo mas íntimo del corazon. Manifestó en seguida á su muger los medios que habia ideado para salir del paso. Inmediatamente de su desgracia habia escrito á su hermano, fabricante en Leon, le remitiese cien mil francos que le habia dejado cuando partieron la herencia de su padre, y estaba satisfecho de la prontitud que

habria tenido en corresponder á su deseo, por lo que seguramente estaria ya en su poder aquella cantidad, á no ser por la oposicion de los elementos. Va ya para una semana, continuó Melval, que el tiempo está tan cruel, que la mala de Leon lleva ocho horas de atraso. He aqui lo que me da que temer.

LA SEÑORA MELVAL.

No, no, escucha: han llamado á la puerta cochera.

Melval corrió á la ventana; pero no era el sugeto á quien aguardaba, y asi volvió adentro, y se tiró en una silla despechado.

LA SEÑORA MELVAL.

¿Con que no se encuentra re-

medio alguno? Por mi parte estoy pronta á ceder hasta el último de mis dijes. Entonces echó mano al bolsillo en que estaba yo metido, y cuyas caidas estaban adornadas de piedras preciosas.

MELVAL.

Lo habia ya pensado. Tus diamantes unidos á la plata labrada y á mi biblioteca pudieran componer los noventa mil francos; pero he desechado este medio en los primeros momentos, temeroso de dar una campanada, y ahora me falta el tiempo de realizarlo. Tú misma lo has oido. Le Sage se niega á conceder ni una hora de espera, y quizá le hubiera hallado mas accesible á no ser por la habladuría de Elena.

LA SEÑORA MELVAL.

¡Pobre Elena! ¡bien inocente está de todo esto!

MELVAL.

Muy inocentemente puede una criatura prender fuego á un almacen de pólvora, y hacer volar una ciudad entera con millares de habitantes.

LA SEÑORA MELVAL.

No tiene comparacion con tan terribles efectos lo que ella ha dicho. Pensemos en lo que importa. ¿Crees que mi tio se muestre insensible al golpe que nos amenaza?

MELVAL.

¡Tu tio!.... se diria que no le conoces. Tan estremado en su enojo como en su bondad, se reirá de nuestra afliccion, y mucho mas si sobre nuestros yerros pasados cometemos el de ser el último á quien nos dirijamos. Al fin si hubiese tiempo pudiéramos esperar volver á recobrar su antiguo afecto; pero ¡mira tú lo que tiene el no querernos en este mundo disimular unos á otros simplezas! ¿Qué cuidado debian darte á tí las majaderías de Tomasa si las hubieses ignorado? Al cabo era una buena sirvienta, fiel, trabajadora, y que entendia su obligacion.

LA SEÑORA MELVAL *interrumpiéndole.*

Pues bien, dejemos eso. Me ocurre una idea tal vez mejor. Marsan, tu primer pasante, podrá conseguir de su padre esta cantidad: en el comercio se manejan grandes capitales, y al fin tú estás seguro de tener los cien mil francos de un momento á otro. Este préstamo pues no pasa de ser un medio de precaucion, supérfluo sin duda, pero que es indispensable probar para evitar el riesgo de encontrarse con las manos vacías.

MELVAL.

¿Pero ese medio no puede contribuir á que se divulgue un des-

falco que tanto me interesa ocultar? Ya ves que un jugador inspira poca confianza.

LA SEÑORA MELVAL.

Tranquilízate: mi madre viene, y no me faltará con su ayuda un pretesto para disimular tu momentáneo embarazo.

Convenidos pues ambos consortes en echar mano del medio ocurrido con el señor Marsan, salieron cada uno por su lado, y yo quedé olvidado sobre una mesa del gabinete en que habia pasado estè diálogo.

Habian transcurrido muchas horas cuando vino Elena en busca del bolsillo en que yo estaba encerrado para llevárselo á su madre. La sala en que entré era muy

elegante y alumbrada con mucho lujo: en un lado estaban colocadas las mesas de juego, en otro un piano: se jugaba y cantaba con una decente libertad y alegría. Elena, que debia haber estado ya acostada, iba de una persona á otra, molestando á los que jugaban, echándose sobre la mesa, y alargando la mano para coger las fichas, descomponiendo los prendidos, arrugando los vestidos de las señoras con caricias tan cansadas como intempestivas, é interrumpiendo á los que hablaban con preguntas necias ó sempiternas relaciones, porque Elena, demasiado niña para saber hablar, no podia sino contar en un ángulo de la sala lo que habia oido en el otro. De-

jando á ratos á los mayores se
ponia á llamar la atencion de los
jovencitos con muecas y monadas,
validos de lo cual se divertian in-
vitándola á que hiciese mil ha-
bilidades y suertes de fuerza co-
mo pudiera un payaso de volati-
nes. Uno de ellos cogiéndola por
lo bajo de las piernas la levantó
hasta la altura de su cabeza, y te-
niéndola asi por un momento de-
recha como un huso, y soltán-
dola despues bruscamente la de-
jó caer, cogiéndola en sus bra-
zos antes de tocar en el suelo.
Aquel juego, que por su inde-
cencia y riesgo llamó la aten-
cion de algunas personas, se re-
pitió muchas veces, sin que la se-
ñora de Melval lo notase, ó pen-
sase en prohibirlo. El poco cui-

dado que se tenia de la niña hizo que el jovencito que jugaba con ella dijese en voz alta: "Ha»go muy bien en aprovecharme »ahora de las complacencias de »Elenita, porque dentro de algu»nos años se me tendria por un »necio en atreverme á esperar »una mirada de la señorita de »Melval, por la grande diferencia »que habria en nuestra fortuna."

ELENA.

¡Ah! nuestra fortuna es bien *precaria*, porque como dice mi querida mamá, ahora no se puede contar sobre nada, y *el que ha jugado una vez jugará siempre.*

Aquella desgraciada palabra, que por su novedad habia cho-

cado á Elena, despertó tambien el cuidado de Marsan hijo, á cuya faldriquera me habia llevado la suerte del juego. Oyó el proverbio con que la habia acompañado Elena, y se apoderó de él la mayor inquietud. La señora Melval y su madre le habian engañado acerca de la causa de la desazon de su marido; y como una primera mentira descubierta hace dudar de todo lo demas, llegó á pensar que pudiese ser tambien una fabula lo de la detencion del correo de Leon. Noventa mil francos por otra parte eran una cantidad considerable para esponerla con ligereza. Buscó pues con la vista á su padre, determinado á inducirle á que se negase á un préstamo, al cual le

habia persuadido pocos momentos antes.

Marsan padre jugaba entonces con Melval, cuando se le acercó su hijo. Este, para tener derecho de mirar el juego de su padre, me tiró sobre la mesa apostando contra Melval, que ganó y propuso el doblar. Una guiñada de su hijo hizo que el señor Marsan no lo quisiese, y que retirándose ambos de la mesa de juego saliesen de la sala á poco rato. No dejó de dar que pensar á Melval aquella retirada, pues no se le habia podido ocultar la turbacion de su pasante. Dejando pues el sitio á otros jugadores se acercó á una ventana, que abrió sin reparar en el mal tiempo que hacia. El ruido de la tempestad

no hizo mas que aumentar la agitacion que no habian podido calmar las conversaciones y alegría que reinaban en su tertulia; y conociendo en fin que no era dueño de sí mismo, se salió de la sala y se retiró á su gabinete. En él se estuvo paseando luchando con el pensamiento de que Marsan pudiera retractarse de la palabra que le habia dado. A fuerza de reflexionar habia logrado sosegarse, y se preparaba á acostarse. Ya me tenia puesto sobre su escribanía con algunos de mis compañeros, cuando entró un criado y entregándole una carta se retiró. Melval la leyó dos veces, púsose pálido como la muerte, y tomando el sombrero esclamó: "¡Ya me lo decia el co-

»razon! ¡el correo de Leon! no »me queda mas esperanzas." Tirando el fatal papel contra nosotros salió del gabinete. La carta decia asi: "Marsan padre su»plica al señor Melval admita el »sincero sentimiento que espe»rimenta, en razon de que un »accidente imprevisto le consti»tuye en la desagradable impo»sibilidad de poderle servir con »el corto favor que le habia pe»dido, suplicándole le disimule »generosamente." Con otras frases generales de insignificante urbanidad concluia aquel escrito que acababa de decidir de la suerte del desgraciado Melval.

Dotado yo de sensibilidad y entendimiento, me affigia de la incertidumbre del suceso, y estaba

harto enfadado contra Elena, cuya indiscrecion habia causado tantas desgracias, aunque conservaba todavía la esperanza de que el correo de Leon llegase á tiempo para salvar á aquella familia de su ruina y descrédito. Adelantábase la mañana, pero faltaba mucho aún para el medio dia; los criados se habian presentado varias veces á la puerta del gabinete que estaba cerrado con llave: se oia ir y venir en las piezas inmediatas, y á los pasantes que estaban cantando en el estudio en ausencia de su principal. Habia sonado muchas veces la campanilla de la señora Melval: otras tantas habia querido Elena entrar en el gabinete, retirándose siempre diciendo: "¿En dónde

»está pues papá? Mamá pregun»ta por papá.” A las once la señora Melval, valiéndose de una llave maestra, entró en el gabinete toda descolorida y mirando al rededor de sí con ojos desencajados, y como si esperase encontrar con algun objeto horroroso, dió por fin con la carta de Marsan. El pasante que iba tras ella se arriesgó á escusar á su padre, repitiendo las palabras de Elena, y declarando el modo sencillo con que lo habia sabido todo, á cuyo discurso cayó la pobre señora sin sentido. En el mismo instante se sintió un gran rumor en la casa, resonando por toda ella el nombre del señor Enrique Melval, que era el fabricante que habia llegado de Leon

trayendo él mismo los cien mil francos que su hermano le habia pedido; ¿pero qué se habia hecho de éste? ¿á donde le habia conducido su desesperacion?

En tanto que lleno de pesadumbres el pasante iba á salir al encuentro al señor Enrique Melval, y disponer lo necesario para entregar á los herederos Desgriselles el depósito confiado al escribano por el tutor *ad litem*, habian trasladado á la madre de Elena á otra estancia. El gabinete en que yo estaba quedó solitario por cuarenta y ocho horas, sin que pudiese saber cosa alguna de la suerte de Melval. Al cabo de este tiempo se abrió de golpe, y vi entrar á un jóven que me era desconocido, trayendo en bra-

zos á Elena, y tras él á una vieja, á quien tampoco conocí. "Mi »buena Tomasa, dijo el joven, »daudola algunos duros, entre »los que yo estaba: mi buena To»masa, lleva á esa niña desgra»ciada á Senlis á casa de su ama »de leche, porque si mi pobre »hermana la ve no respondo yo »de su vida." Tomasa deshaciéndose en lágrimas llevó á Elena, que daba penetrantes alaridos. Al pasar por diferentes piezas advertí que estaban vestidos de duelo varios individuos, conversando tristemente juntos, y como disponiéndose para un entierro. Pero una cosa mas triste que la muerte misma los contristaba. Al salir de la casa para subir á un coche vimos acercarse el car-

ro fúnebre. "¡ Pobre señor Mel-
»val, dijo Tomasa, haber pasa-
»do la noche entera en el patio
»de la casa de correos aguardan-
»do la diligencia de Leon, haber
»perdido la chola, é ir á matarse
»diez minutos antes de la llega-
»da de su hermano! He aqui lo
»que son los abogados de estos
»tiempos." Asi supe que el se-
ñor Melval habia acabado sus
dias suicidándose, y no pude me-
nos de sentir cierta especie de
terror al considerarme cerca de
una niña que habia causado la
muerte de su padre.

Cuando llegué al despacho de
carruages constitui parte del pre-
cio de los asientos para Senlis, y
dejando á Elena y á su aya me en-
contré otra vez en nuevas manos.

VIAGE DEL DURO.

Grande movimiento y agitacion se sintió en la dicha oficina; pero despues se quedó todo en el mas profundo silencio, pues los empleados fueron desfilando unos tras otros. Quedó solo el propietario de la empresa, el cual libre ya de importunos testigos sacó de su atril un hermoso pliego de papel, tomó una pluma nueva, la levantó en alto para mirarla á contra luz y ver si estaba bien tajada, y poniendo despues su mano en toda la actitud

que pudiera un maestro de escuela, levantó un tanto cuanto el puño. Aguardaba yo ver una letra mayúscula con el acompañamiento correspondiente de rasgos, mas dejó inmediatamente la pluma y se puso á reflexionar. No tardó en interrumpir sus meditaciones, abriendo con afan un tirador de su escritorio, de donde sacó un devocionario magníficamente impreso por Didot, encuadernado por Thovenin, y con viñetas de Deversa, todo él verdaderamente precioso. Miróle por gran rato, no menos indeciso al parecer que lo estaba al principio sobre el contenido de la carta que iba á escribir, cuando en medio de una porcion de dinero me ofrecí yo á su vista flamante y

con todo el brillo de mi reciente cuño. "Este, este hermoso duro, »esclamó poniéndome sobre el de»vocionario, es el que parece he»cho exprofeso para monumento »de gratitud." Tomó otra vez la pluma, y escribió sin mas retardo la siguiente carta. "Señor »cura: muy señor mio y de mi »mas particular aprecio: sin du»da no se habrá V. olvidado del »pobre huerfanito á quien V. so»corrió con un duro, exigiéndole »no pensase jamas en devolvér»selo á V., sino cuando se diese »por seguro de no haber ya de »necesitar de él. El huérfano era »en verdad muy desgraciado, pues »acababa de perder á su padre »en el campo de batalla, y se veia »obligado por los acontecimien-

»tos políticos á dejar su patria, y »buscar en Francia á un tio tan »pobre como él. El niño lloraba »amargamente, y continuamente »con la idea de la suerte que le »aguardaba, y mucho mas con »el recuerdo de la afortunada en »que se habia visto." V., señor cura, le dijo: "Amiguito mio, no »te avergüences de la indigencia »en que te miras: lo que engran-»dece ó envilece al hombre no es »lo rico de sus vestidos, sino los »honrados movimientos de su co-»razon. Todo aquel que humilde, »resignado y modesto sigue lo me-»jor que puede los preceptos de »nuestro Divino Salvador, está »mas cerca de la verdadera gran-»deza que el mas brillante cor-»tesano; porque el mayor perso-

»nage ¿qué es respecto á Dios?
»Asi pues no te acobarde ni asus-
»te la idea de tener que ganar tu
»vida, porque el hombre sufre
»realmente por sus faltas, y no
»por los trabajos á que se ve pre-
»cisado para proveer á su sub-
»sistencia. Estas palabras, señor
»cura, quedaron indeleblemente
»impresas en el corazon del huér-
»fano, que desde entonces no se
»desalentó jamas, ni le han pa-
»recido insoportables los traba-
»jos. Ha trabajado con diferen-
»tes alternativas; pero hallándo-
»se hoy al frente de una empre-
»sa de mensagerías que prospe-
»ra, y casado con una muger
»que le ha traido cuarenta mil
»francos, piensa que ha llegado
»el momento en que puede des-

»empeñarse con V. sin desobe-»decerle. Tenga V., señor cura, »la bondad de aceptar este ha-»ber, y con él un debil testimonio »del agradecimiento de su mas »respetuoso servidor."

Quedé encerrado con esta carta y el lindo libro en un paquetito, en el que se puso el sobre al señor Vanderstein, cura del pueblo de..... cerca de Bruselas. En la misma tarde pasé con el paquete desde las manos del protegido por el señor Vanderstein á las del conductor de la diligencia de París á Bruselas, quien se encargó de entregarnos al cura.

El carruage estaba pronto, los caballos enganchados; los postillones levantando pesadamente las piernas, revestidas de sus torpes

botas, se acomodaban en las sillas; y los viageros, sacando la cabeza por las ventanillas del carruage, se despedian á gritos de sus amigos, prometiéndoles el cumplimiento de sus encargos. El conductor metió el paquetito en la faldriquera de su chaqueta, y se apresuró á tomar asiento en el cabriolé, en el que estaban ya un caballero con un niño y una niña, no pagando cada uno de los dos niños sino medio asiento. Salimos al amanecer. Pronto se estinguió el debil crepúsculo que presidió á nuestra entrada en la diligencia, y aun antes de llegar á la capilla de San Dionisio ya el conductor, el padre y los niños roncaban á cual mejor.

Carlitos fue el primero que se

despertó, y sus gritos de admiracion sacaron del sueño á sus compañeros de viage, siendo el motivo de su entusiasmo el rayar de la aurora que veia por la vez primera. Palmoteaba, saltaba de gozo en su asiento, pensando haber hecho el mayor descubrimiento, y al ver que las nubes cambiaban continuamente de figuras, y las bellas tintas y visos con que se coloreaba el oriente, quiso llamar á todos los viageros desasosegado, para que ninguno de ellos malograse la ocasion de ver un cuadro que creia enteramente nuevo, y que no se volveria á presentar ya mas. Su padre tuvo mucho trabajo en contenerle. Su hermana por el contrario se despertó regañando,

é insensible á las bellezas de la naturaleza, se quejaba sin interrupcion por la mañana del frio y de la humedad, y por el mediodia del calor y del polvo. Desde que fue ya de dia contempló Carlos con interés todo el paisage, preguntando á su padre acerca de las diferentes culturas con que verdeaba la campiña. El padre respondia con complacencia á un niño que le escuchaba con tanta atencion como inteligencia, y aun el conductor mismo tenia gusto en referirle algunos lances interesantes, acaecidos en los sitios por donde pasaban; pero no se dignaba responder siquiera á Isabelita, que le interrumpia á lo mejor para preguntarle si la diligencia pararia pronto, y para

quejarse del fastidio del viage y del hambre que tenia.

EL PADRE.

¿Y tú, Carlitos, tienes hambre?

CARLOS.

Sí, papá, la mayor que he tenido en toda mi vida.

ISABEL.

Mire V., yo veo que sale humo de aquella casita: ¿es alli donde vamos á almorzar?

EL CONDUCTOR.

No, porque no es ese sino el molino de Fromont.

CARLOS.

Tanto mejor; yo no he visto

nunca un molino, y V. me esplicará, si gusta, cómo se muele el grano, y se separa el salvado de la harina.

Asi continuaron hasta Bruselas, adonde llegó Carlos contento; y habiendo adquirido conocimientos preliminares, que no se le olvidarán en toda su vida, al paso que Isabel, que no habia pensado en todo el viage sino en las ligeras incomodidades que sufria, quedó mucho mas cansada que él, y fastidiada completamente: primer castigo de los niños que se hacen inaguantables, pues en aquella edad que Dios ha destinado á la felicidad, nada se padece sino por los propios defectos.

El niño goloso está siempre ma-

lo; el niño perezoso se fastidia de su misma ociosidad; el desobediente se espone á mil desgracias, y aun aquellos á quienes esto no suceda pierden el cariño de los que los rodean, y es muy digno de lástima el niño á quien ninguno ama.

En la última posta antes de Bruselas bajó el conductor del cabriolé, y mientras enganchaban llevó á su destino el paquetito que se le habia entregado en París, en donde iba yo con mi compañero el devocionario. Una buena vieja, que aprovechándose de los últimos rayos del sol hilaba sentada en el umbral, nos recibió de mano del conductor, y fue á llevarnos inmediatamente á su amo.

EL PÁRROCO,

Y

EL SOLDADO JOVEN.

El respetable Vanderstein sentado en su poltrona estaba absorto, contemplando lo despejado y puro del cielo en un éxtasis tan profundo, que el libro que habia estado leyendo le tenia abandonado cerca de sí, y no hacia caso del recado que le daba su ama de llaves. Con todo, consiguió ésta que la atendiese, entregándole el paquete llevado de

París, y apoyando despues sus manos sobre la mesita que tenia delante, aguardaba con impaciencia que se abriese el paquete. Mi vista escitó tanto la curiosidad de la buena anciana, como el devocionario su admiracion. Abrumaba con preguntas á su amo, no dejándole acabar de leer la carta, hasta que el párroco poniendo las gafas sobre la mesa empezó á satisfacerla del modo siguiente.

EL CURA.

¿Te acuerdas, Clotilde, de aquel niño que recogiste ahora hace ocho años?

CLOTILDE.

Sí señor, que me acuerdo: ocho años, ¡válgame Dios! y cómo se

pasa el tiempo; me parece que era ayer. Mala estaba entonces la época, y no me olvidaré en toda mi vida de que dió V. al tal niño los últimos ciento setenta cuartos que habia en la casa.

EL CURA.

Pues bien, Clotilde; aquel niño ya hecho hombre se desempeña, y me vuelve este dinero por el que le presté, y me regala ademas este hermoso libro.

CLOTILDE.

Vaya con Dios: vea V. á lo menos un agradecido entre tantos como.....

EL CURA.

Dí mas bien uno cuya voz ha

podido llegar hasta nosotros. ¿Por qué pensar mal de aquellos á quienes no oimos? Tal vez por sus oraciones nos concede Dios la paz de que gozamos.

CLOTILDE.

¡Oh! sí, sí, les debemos mucho. Mas al fin ese dinero viene en muy buena ocasion, y este duro substituirá perfectamente al prestado, y estará solito como el otro. A poder yo esperar guardarle..... pero sí: mañana saldrá de casa, y acaso, acaso esta misma noche. ¿No tenemos ya dentro de casa y en mi cuarto mismo los dos viageros, cuya bolsa me parece está tan ligera como estaba su estómago vacío cuando vinieron?

EL CURA.

Lo has dicho acertadamente. Con efecto, esos dos estrangeros tienen traza de estar pobres, y esta corta cantidad puede servirles para proseguir su viage.

CLOTILDE.

¡Señor! ¿qué es lo que V. dice? ¿piensa V. seriamente en darles el único dinero que V. tiene?

EL CURA.

Pero, Clotilde, si nos sobran provisiones. Creo que á los viageros no les ha faltado con que satisfacer su apetito.

CLOTILDE.

Ya se ve que no. Ademas de eso, se les han servido algunas golosinas que pudieran haberse guardado, porque como suele decirse.....

EL CURA.

Tú te olvidas que el señor conde me ha enviado dos botellas de su vino añejo, con las cuales sobra para la convalecencia del P. Gerardo: el médico ha encargado se le den solos dos deditos en cada comida, con que asi.....

CLOTILDE *interrumpiéndole.*

Señor amo, ya que es preciso hablar en plata, los dos viageros tienen traza de ser dos grandes

bribones, porque lo cierto es que estan disfrazados. El mas joven es un hijo de familia que ha hecho una escapatoria, cuando no sea alguna otra cosa peor.

EL CURA.

¿Pero qué dices? ¿qué disfraz es ese?

CLOTILDE.

Me esplicaré, señor. El uno en vez de ser verdaderamente tuerto tiene tan buenos ojos como V. y yo, y la corcoba del otro es postiza. Si V. quiere venir á mirar por entre la resquebradura de la puerta, verá si Clotilde es capaz de mentir. Es, lo repito, un joven que no camina á cosa buena. Ademas, el mirar desvergon-

zado de su camarada, y la particularidad de acostarse de dia para charlar de noche, ¡ah! son unos grandes malvados: sí señor, pondria yo las manos en el fuego á que lo son.

EL CURA.

En una edad tan joven no pueden estar enteramente corrompidos. Esta reflexion indujo al cura á que imitase la curiosidad de su ama, y mirase por la resquebradura de la puerta en que estaban acostados los dos viageros. La obscuridad que empezaba á reinar en la pieza hubiera impedido su deseo, á no ser por la devocion que tenia Clotilde de mantener dia y noche encendida una lamparita delante de una ima-

gen de la Vírgen, á cuya incierta luz se certificó el cura de la verdad de lo que decia su ama. Al lado de la cama estaban puestas la venda y la corcoba postiza sobre una silla: el mas joven de los dos viageros no dormia, sino que suspiraba profundamente, y lloraba con señales de la mayor afliccion. Su edad juvenil y su dolor no pudieron menos de enternecer al señor Vanderstein, el cual valiéndose de una llave maestra abre la puerta, y presentándose repentinamente al joven, le hace seña de que le siga. No pudo resistir aquél al ascendiente del respetable cura, y temiendo dispertar á su compañero se deslizó suavemente fuera del lecho, y envolviéndose en una mala le-

vita siguió al cura sin replicar palabra.

Llevóle M. Vanderstein á su propio aposento, y habiéndole colocado cara á cara á la luz, le preguntó con tono grave por qué se ocultaba bajamente con aquel disfraz.

EL INCÓGNITO *balbuceando.*

Me he visto en la precision de hacerlo asi.....

EL CURA.

¿Y quién os ha dado por compañero al joven que está durmiendo?

EL INCÓGNITO.

El deber de substraerme á un inminente peligro.

EL CURA *con mas dulzura.*

¿Y no admitiríais otros auxilios que los suyos?

EL INCÓGNITO.

¡Es ya tarde!

EL CURA.

¡Hijo mio! esa frase sería temeraria en boca de cualquiera otro que tuviese mas esperiencia, porque sobre todos vigila un Ser Omnipotente, cuyos decretos son impenetrables al mas sabio de los mortales; pero un joven de su edad de V. puede desconocer aun los auxilios humanos que le quedan, y perderse por ignoraucia. Exijo pues toda su confianza. No sé en verdad si puede mirarse á

un hombre á quien se pretende engañar sin vergüenza ni remordimientos; mas crea V., hijo, que el hombre que conoce nuestras faltas nunca perjudica á nadie. Mi deber me dicta el ser indulgente; mi edad me pone en estado de poder aconsejar, y mi hábito me sirve para hacer el bien posible. Esto supuesto, hijo mio, hable V. con confianza. ¿Cuál es su nombre? ¿quiénes los padres de V.? ¿de dónde viene? ¿por qué este disfraz?

El joven dudaba todavía y temblaba como un azogado. Reparando el eclesiástico que estaba casi desnudo, y que á un hermoso dia de primavera habia sucedido una noche muy fria, fue á buscar su propia capa: le ar-

ropó él mismo con ella, y rompiendo despues una silla apolillada la echó en la chimenea, no tardando en levantarse una hermosa llama con que se consoló el joven incógnito, el cual no pudiendo resistir á tantas señales de cariño, y cogiéndole la mano, le dijo con llorosos ojos: "V. es harto bondadoso conmigo; ¿pero »y si yo fuese un malhechor?"

EL CURA.

¿Y qué importaba eso? mi obligacion es consolar, y no castigar. Como ministro de un Dios de misericordia debo enseñar á mis hermanos su divina palabra, y hacerles palpables la felicidad que aguarda al mas culpable si

se arrepiente. Vamos, hijo mio, deseche V. toda cortedad.

El viagero acercó su silla á la del buen cura, que apoyada la cabeza en la mano procuraba no mirarle para quitarle toda timidez.

Me llamo Luciano Ingerbert, dijo el joven, y soy hijo único; mi padre, mi madre y mi abuelo me adoraban, y no dudo todavía que me amen á pesar de mis faltas. ¡Ah! cuál será su dolor cuando sepan..... Aqui Luciano quedó interrumpido en su narracion por sus suspiros y lágrimas, y despues continuó. Mi madre no estaba por la educacion pública, y asi habia conseguido que me educase en la casa paternal, lo que mi padre repu-

taba por el mayor sacrificio que pueden hacer los padres en favor de sus hijos, por lo cual pensaba que yo debia estar muy contento, y me repetia cuando me quejaba de alguna cosa: "¿Qué »sería si estuvieses en el colegio?" Entre tanto yo era voluntarioso y aturdido; olvidaba ó dejaba de hacer lo poco que de mí se exigia. Mi abuelo, por ejemplo, queria que cerrase las puertas poco á poco, y que al correr tuviese cuidado para no tropezar con *Priamo* su perro, que habia quedado estropeado en la caza, y que respetase el sueño de su viejo inválido. Pues sepa V. que desde la edad de cuatro años hasta los trece nada pudieron conmigo ni las advertencias, ni los regaños,

ni la correccion sobre ambas cosas. Saltaban los cristales de las ventanas á cada portazo que yo daba, y Priamo, cada vez mas pesado, era el blanco continuo de mis ataques. Levantando entonces la cabeza el pobre animal hácia su amo, se quejaba tan lastimosamente, que mi abuelo estaba sin interrupcion colérico. En fin, los altercados por la puerta y por el perro llegaron á ser tan continuos, que en el colegio creí estar libre de semejante tiranía. A la primera insinuacion que hice mi padre me trató de ingrato, mi madre se estremeció, y mi abuelo, á pesar de mi poca obediencia, quiso tambien no separarme de su lado. Resistiéronse á mi peticion por seis meses; mas

supe yo hacerme tan inaguantable, que tuvieron que ceder y enviarme al colegio. Yo ví el cielo abierto, considerándome libre para ir chocando con todo cuanto encontrase por delante ; pero no tardé en conocer que habia perdido en vez de ganar. Mi voluntad era la que en casa de mi padre decidia del tiempo que queria emplear en el juego ó en el paseo , y á decir verdad sucedia lo mismo con el consagrado al estudio ; asi es que el arreglo de horas del colegio me desagradó infinitamente.

Pronto conocí que los colegiales estaban divididos en dos partidos. Los primeros, sometidos á la regla de la casa, lo sufrian todo sin quejarse, y trabajaban con

anhelo: los segundos, en mucho mayor número, estaban en rebelion continua contra el estudio y los reglamentos, y á esta clase me agregué yo: en efecto, estábamos mal alimentados, poco vestidos, y oprimidos de tareas. Si se hubiera querido atender á esto y oirnos.....

EL CURA.

Tal vez hubiera podido remediarse algo. Pero ¿cuál fue el resultado de la revuelta?

LUCIANO.

La primera hazaña en que tomé parte fue la del ataque de la despensa. Habiendo pretendido infructuosamente que se mudasen las horas de comida, saquea-

mos las provisiones que habia para seis meses; hubo algunos que se comieron hasta tres libras de ciruelas y pasas, que no las queríamos cuando se nos presentaban por postre en la cena, cayendo enfermos la mayor parte de nosotros. El despensero, informado de nuestra espedicion, mandó que los cabezas fuesen encerrados en el calabozo: un gefe de sala, que estaba en acecho durante el motin, dijo que yo era el primero que habia subido sobre la ventana de la despensa, lo que en verdad fue una mentira, porque no fui sino el tercero, y á pesar de cuanto alegué me metieron en el calabozo. Al salir de él juré vengarme, y mis compañeros, no menos indigna-

dos que yo, entraron de muy buena gana en la conjuracion. Tenia el gefe de sala su aposento en lo mas alto de una escalera mala y obscura, y convenimos en ir una tarde mientras estaba dentro, y ponerle unas cuerdas delante de la puerta; y con efecto se las pusimos como á la altura de media pierna en diferentes hileras, y en medio de ellas colocamos en equilibrio ollas rotas, botellas vacías, candeleros, campanillas, herrage viejo, y en fin cuanto nos vino á la mano que pudiese meter ruido. Hecho esto nos retiramos callandito, y entonces uno de los compañeros llamó al gefe de sala en alta voz desde lo bajo de la escalera; él, que salió de una pieza clara, perdió el equi-

librio en las cuerdas, y dió una cabriola de cabeza con las ollas, las botellas y todo el armatoste. El estrépito fue tan grande que se oyó al otro lado de la calle en que estaba edificado el colegio.

EL CURA.

¿Y el gefe de sala?

LUCIANO.

Cuando acudieron de las clases con luz se le encontró que se habia enganchado en el pasamano, y libró con algunas contusiones; pero el cirujano que le sangró dijo que era un milagro que no hubiese muerto.

EL CURA.

¿Y cuál fue el último resultado?

LUCIANO.

No se supo quiénes éramos, porque no se nos habia visto, aunque se sospechó, y solo se aguardaba la primera ocasion para castigarnos, la que no tardó en presentarse. El despensero colocó en el refectorio un busto de yeso. Desde que vimos la tal figura nos desagradó: era un viernes por la noche en que teníamos para cenar cada uno un huevo pasado por agua y un plato de espinacas; manjares ambos que no siendo de nuestro gusto, y unidos á la figura de yeso que nos

habia chocado, escitaron nuestro mal humor, resonando por todas partes los fueras y los silvidos, y decidiéndose por unanimidad que solos los muchachuelos se sentarian á la mesa, mientras no se nos quitase el busto y los huevos pasados por agua. Los maestros, considerándose poco fuertes para resistirnos, se retiraron en busca del despensero, despues de habernos dejado encerrados en el refectorio. Cuando salieron dije yo: dos cuartos para aquel que consiga encajar en la boca del busto el huevo. Todos respondieron sí, sí; pero dos cuartos son poca cosa, hagamos una vaca. Se aprobó la ocurrencia. Cada colegial dió sus dos cuartos; púsose el todo sobre un plato, y

se escribieron los nombres de cada uno sobre los huevos para que no hubiese trampa. Despues nos alineamos, y volaron uno, dos y tres, y treinta huevos á la vez, sacudiéndose y rompiéndose contra el busto, que en un instante quedó embadurnado.

EL CURA.

¿Y luego?

LUCIANO.

Nadie habia ganado, y nos entreteníamos en hacer pelotillas con las espinacas á fin de volver al juego, cuando entrando el abastecedor por la puerta del refectorio puso orden con sola su presencia. Se examinó el busto, el cual teniendo una cáscara de hue-

vo pegada en la megilla, no lejos de la boca, se descubrió mi nombre escrito encima, y fui enviado al instante á casa de mi padre para que sirviese de ejemplo á los demas; aunque en verdad no me parece que esto era justo, porque yo no hice mas que los otros, salvo el haber sido inventor.

Mi padre quedó muy descontento de mi regreso: mi abuelo, que despues de mi ausencia se habia acostumbrado á un silencio completo, se irritaba al menor ruido, y Priamo gruñia antes de que se le tocase. En vez de procurar yo complacer á mi padre, acomodándome á su modo de vivir, me obstiné en que se habian de acostumbrar al mio,

y me hice inaguantable, en términos que mi madre, tan opuesta en otro tiempo á la educacion pública, fue la primera en pedir que se me pusiese en otro colegio; pero despues de dos años de esclavitud ya no pude tolerarla, y pedí entrar al servicio. Negáronmelo, alegando que mi educacion no estaba concluida; razon que no siéndome posible comprender, hizo que huyese de la casa paterna y sentase plaza. Hecho esto, escribí á mis padres para reclamar su indulgencia, á lo que me respondió mi padre que me perdonaria si me conducia bien de alli á un año, logrando la estimacion de mis gefes por mi exactitud en el cumplimiento de mis deberes. No hace todavía

seis meses..... aqui Luciano conoció que se le escapaba la alegría pasagera que se le habia escitado con los recuerdos de su infancia, y volvió á llenársele el semblante de lágrimas.

EL CURA.

Ánimo, hijo mio, decláreme V. en que nuevas faltas ha incurrido.

LUCIANO.

Aun es uno menos libre en el regimiento que en el colegio: la menor infraccion de la disciplina se castiga severamente: es necesario obedecer, y obedecer inmediatamente á cuanto se manda, y apenas puede uno desahogarse ni moviendo los hombros

cuando el oficial ha vuelto la cara. Es cierto que hay muchas horas en que está uno con los brazos cruzados; mas apenas un soldado empieza á divertirse en algo, cuando ya está la llamada, la diana ó la retreta, porque en el cuartel se toca el tambor á cada momento, y es necesario dejarlo todo no bien suena el maldito redoble.

Se nos habia enviado de guarnicion á Maestrich, y todas las maniobras de una plaza de guerra, observadas en tiempo de paz como si el enemigo estuviese á las puertas, aumentaron mi disgusto por la vida militar: quebrantaba siempre alguno de los reglamentos, y estaba la mayor parte del tiempo en la preven-

cion, mirándoseme ya como la peor cabeza del regimiento. En esto se establecieron en el cuerpo talleres de diferentes oficios, para que los soldados jóvenes conservasen el gusto y hábito del trabajo: igualmente se pusieron escuelas de enseñanza mutua para los que no sabian leer ni escribir. La idea de ser soldado para volver á la escuela como niños, ó para trabajar como forzados nos pareció tan ridícula, que nos burlábamos descaradamente de los granaderos viejos que estudiaban el *a*, *b*, *c*, y pasaban desde las maniobras á deletrear *ba*, *be*, *bi*, *bo*, *bu*. Una tarde que uno de nuestros sub-oficiales sentado en su cama mormullaba su leccion, me ocurrió poner una bolilla de

pez al estremo de una hebra de hilo, y pegársela en su espeso cabello. Como no sintiese nada, púsole una segunda, tercera y hasta unas veinte de ellas con igual resultado, segun lo embebido que estaba en aprender á decir corrientemente *c h a, cha.* Un camarada completó la idea con unir la otra estremidad de los hilos á la cama, y bien pronto se hizo una coleccion de los alfileres de todos para aquel juego, tanto mas divertido, cuanto que el sargento se habia dormido con su leccion en la mano. Despertado al fin por la ronda del oficial, no causó poca risa verle levantar el jergon, y obligado por el dolor caer luego hácia atras, gritando como un desesperado. Yo

fui el que me reí mas que los otros; y el sargento, que era un holandesote que habia servido en Francia, pensó que me haria callar llamándome *gausin*. Respondíle yo con otra grosería mayor que la suya; entonces el oficial se detuvo, y me dijo: "Soldado, »vaya V. arrestado por falta de »respeto á sus superiores." En vez de obedecer me puse á silvar: el oficial se detuvo de nuevo, y volviéndose á un joven de mi edad que habia obtenido un grado á fuerza de sumision, "ca»bo, le dijo, haga V. ejecutar lo »mandado." Determinado yo á no reconocer al joven cabo por gefe mio, le agarré por el brazo en el momento en que iba á echarme mano, y le hice dar una vuel-

ta entera, porque aunque él supo ganar grados, yo era mas fuerte que él. En aquel desgraciado movimiento debí de engancharme en la estremidad de su manga, pues me quedé en las manos con el galon que era su insignia. En el mismo instante se sintió un movimiento general en la sala, y todos los soldados se levantaron espontáneamente. Hasta el gordo holandés, haciendo un esfuerzo con que dejó parte de sus cabellos en el jergon, se puso en pie como los otros, mientras el cabo, que al principio se levantó lleno de cólera, quedó despues mudo y casi temblando á la vista de su galon que habia quedado en mi mano. Las consternadas miradas de todos fijas en mí me

llenaron de espanto, y si bien ignoraba todas las reglas de la disciplina militar, sabia lo bastante para asustarme de la accion que acababa de ejecutar. El oficial acercándose á mí me dijo en voz baja: "Joven, ¿tiene V. padres?" Sí, mi oficial, mi familia es recomendable, mi padre..... El oficial me interrumpió diciendo: "Escríbale V. para que se dirija al capitan fiscal, porque se ve»rá su asunto en el primer con»sejo de guerra." A estas palabras me faltaron las fuerzas, y vinieron cuatro soldados para llevarme preso. No tuve valor en medio de mi desesperacion de escribir á mi padre, y presentado en el consejo de guerra fui condenado á diez años de grillete.

V. sabe, señor cura, que es una pena infamatoria, propia sola de los malhechores, y yo la estaria sufriendo hoy, si no hubiera tenido por compañero de mi desgracia á Bautista, que asi se llama el joven que está en la pieza de adentro. Se veia condenado perpetuamente por un robo de ropa, y se nos puso á los dos juntos en un carro cubierto y bien cerrado para conducirnos cerca de las fronteras de Francia, en donde se trabaja en las nuevas fortificaciones.

A la tercera noche de viage me preguntó Bautista si tenia valor y haria todo lo posible para recobrar mi libertad. Aseguréle que era capaz de atravesar por un mar de fuego. Satisfecho pues

de mi respuesta, me enseñó una de las tablas que formaban el suelo de la carreta, y que no estaba bien clavada: nuestros esfuerzos reunidos lograron arrancarla, y como la noche estaba muy obscura y el tiempo lluvioso nos dejamos caer por aquella abertura en medio del camino real lleno de barro. Tan espeso era éste que nada sintieron los gendarmes que nos escoltaban: tirámonos de largo á largo; al pasar el carruage frotó una de sus ruedas la cabeza de Bautista; el caballo de un gendarme pasó por encima de mi brazo; pero imitando la constancia de mi camarada, aguanté y callé como un muerto. Asi quedamos ambos hasta que no oimos ruido alguno de carre-

tas, y despues corrimos á esconDernos entre los matorrales que acompañaban al camino real por ambos lados. Al rayar el dia me dijo Bautista que era necesario buscásemos alguna cabaña aislada para trocar nuestros capotes de soldado por otros vestidos, lo cual pudimos verificar hácia medio dia, imaginando ademas su fecunda inventiva el fingirnos tuertos y corcobados. Disfrazados de esta suerte, emprendimos nuestra ruta sin saber nosotros mismos cual era su objeto.

EL CURA.

Pero hallándose sin dinero ¿cómo vivieron vmds. desde entonces?

LUCIANO *con la cabeza baja.*

Bautista se fingió estropeado, y el primer dia pedimos limosna.

EL CURA.

¿Y el dia siguiente?

LUCIANO.

El dia siguiente y el inmediato nada nos quisieron dar. Ayer á la tarde pasando por un pueblecillo cerca de aqui vió Bautista en la casa de un barbero un buen pedazo de jamon en una mesa cerca de la puerta, y despues de cerciorarse de que nadie podia vernos alargó sutilmente la mano y lo cogió. Hízome despues señas de que atrapase una gallina que cacareaba entre mis

pies: entendíle, y en menos tiempo del que gasto en contárselo á V. ya habíamos saltado un barranco, y huíamos por la campiña con nuestro botin.

EL CURA.

¡Un hijo de buena familia llegar á ser por su falta vagamundo y ladron! ¡Dios mio!

LUCIANO.

Pero señor, ¿por qué Dios me castigaria antes de haber sido yo culpable? Porque solo ayer es cuando la necesidad me obligó á robar una gallina.

EL CURA *interrumpiéndole con tono severo.*

¿Y no empezó V. por faltar

á uno de sus mandamientos que dice: honra á tu padre y á tu madre? No alegue V. para disculparse las aprensiones de su abuelo de V., ni sus caprichos para con su perro, porque Dios solamente nos manda honrar las personas de nuestros padres ó mayores, no su razon, justicia ó paciencia. Considere V. cual hubiera sido hoy su suerte si hubiese obedecido á este precepto: obsequiado y querido en una casa opulenta, gozaria de las delicias de una vida tranquila, en vez de que reducido ya á ocultarse para substraerse á una pena infamatoria, tiene V. que vagar mendigando en su propio pais, abatido el corazon con la miseria, y casi envilecido con

el oprobio. Si por reparar su primera falta se hubiera V. sometido á la ley de Dios, obedeciendo á sus superiores en el colegio, V. fuera un buen escolar, que pronosticase ser en lo sucesivo un buen ciudadano útil á la sociedad, en vez de ser un holgazan declarado, espuesto continuamente á los castigos. Por último, si en el regimiento hubiese V. obedecido á la divina palabra, y reconocido un deber en donde solo miraba una violencia, hubiera V. merecido grados y honores, en vez de la sentencia que carga ahora sobre V. Dígame pues si Dios es injusto. ¿Se ha castigado á V. antes de haber faltado?

LUCIANO.

Si eso me hubiese ocurrido antes tal vez evitára mis crímenes; pero ahora ya es tarde: todo se acabó.

EL CURA.

¡Todo se acabó! ¡de cuántos delitos y desgracias es culpable el primero que pronunció esta terrible palabra! Todo se acabó, dice V., ¡y qué! ¿no le queda á V. el corazon? Si V. se eleva con él á Dios, si entra en la senda del arrepentimiento, en lugar de acabarse todo, ¿no empieza mas bien todo para V.?

El señor Vanderstein habló por mucho tiempo: sus razonamientos eran fuertes, pero suaves sus palabras, y contenian exhor-

tos y no reconvenciones, pues no pretendia castigar al culpable, sino volverle á la virtud. Luciano, á quien los remordimientos habian ya preparado para su conversion, solo opuso al buen párroco una debil duda, diciéndole: ¡ah, padre mio! ¿cree V. que puedo todavía reparar mis faltas, y vivir como hombre de bien?

EL CURA.

Sí por cierto, yo se lo aseguro á V. por quien soy.

LUCIANO.

¿Y volveré á ver á mis padres?

EL CURA.

Haremos todo lo posible para el efecto.

Volviendo á preguntar el señor Vanderstein á Luciano sobre algunos puntos de su historia, vino en conocimiento de que aquel á quien habian robado los dos jóvenes la gallina y el tocino era el barbero Nicolás, uno de los sobrinos de Clotilde. No le costó trabajo al párroco dar á entender á Luciano que estaba obligado á reparar aquel daño, puesto que habia acompañado á ocasionarlo; pero aunque Luciano convino en ello, manifestó con suspiros no poder verificarlo por entonces, pues no tenia un cuarto. Sacándome en aquel momento el cura de la faldriquera de su chupa me puso en manos del joven, señalándole el uso que debia hacer de mí: escribió tam-

bien al barbero, encargándole ocultase por algunos dias al pobre desertor, porque Clotilde era sobradamente curiosa é indiscreta para que su amo la fiase la suerte de nadie, y al mismo tiempo determinó salir al dia siguiente de madrugada para hacer las diligencias oportunas, con el fin de libertar á Luciano de su condena.

Arreglado el asunto de esta manera, tomó una luz, anunciando á su nuevo amigo que iba á despedir á su compañero. Al hablar esto se tentaba las faldriqueras como quien sentia no tener dinero para dar á aquel hombre á quien le parecia cosa inhumana echar de aquel modo; pero la Providencia le ahorró aquella

mortificacion. Bautista se habia despertado, y no encontrando á Luciano echado á su lado, temió su indiscrecion, y juntando entonces todos los vestidos esparcidos sobre la silla, sin distinguir los que eran suyos ó de su compañero se los llevó todos, y aun una cofia de Clotilde, escapándose por la ventana.

A la mañana siguiente al amanecer, disfrazado Luciano con una sotana vieja salió para llevarme al barbero, y aunque le palpitaba el corazon con sola la idea de confesar su falta, las palabras del cura que le habian penetrado le hicieron superar tan vano temor. Cuando llegó á la aldea encontró al barbero á la puerta, y la vista del hombre á quien habia des-

pojado renovó la bonradez que aun no estaba estinguida en el alma de Luciano, el cual sacándome del bolsillo me presentó á Nicolás, contándole sencillamente como era deudor de él. Asombrado el barbero dudaba aceptarme, pero la carta del cura le decidió. Hizo entrar á Luciano en su casa, dándole en lugar de la sotana una chupa y un pantalon muy aseados; despues de cuya transformacion, para conformarse el barbero con los deseos del señor Vanderstein, llamó á su muger, y presentó á Luciano como un mancebo de barbero, que uno de sus parientes le enviaba de Amberes: la muger no receló nada, y se desayunaron alegremente. Muy contento

Nicolás de tenerme en el bolsillo, y afanado por servir al señor cura, me sacaba de cuando en cuando para mirarme como si conmigo tuviese todo el mundo. Por su parte Luciano, lleno cada vez de mas confianza en las palabras del señor de Vanderstein, y menos oprimido desde que resolvió ser hombre de bien, levantaba su cabeza y respiraba con mas desahogo en el momento en que se presentaron á la puerta de la casa dos hombres, siendo uno un conscripto á quien conducia un gendarme á su cuerpo, queriendo afeitarse y pulirse antes de entrar en Bruselas, de donde no distaban mas de una legüecita, y no podian detenerse mucho. Estimulada la barbera con el ce-

bo de la ganancia, se dió priesa á decirles: "A ninguna parte po»dian vmds. dirigirse mejor, pues »está aqui mi marido y su pri»mer mancebo, y no hay barbe»ros iguales en todo el Bravan»te..... pero superiores, no, ni »en el mismo Bruselas." Muy arriesgado hubiera sido para Luciano desmentir á aquella muger, y por otra parte Maese Nicolás, alentado con el buen almuerzo, hizo un pomposo elogio de su destreza y de la de su primer mancebo, si bien al conscripto le pareció que el mozito tenia todas las trazas de aprendiz, repugnando, aunque de muy poca barba, el confiarla á manos tan visoñas. — Escuchad, dijo el maestro con la mayor gravedad:

el precio de cada barba es diez sueldos, pero á cada picadura se rebajan dos: ya veis que no puede haber mayor equidad, y que nada arriesgais.

Convencióse con esto el joven, y se puso á disposicion de Luciano, que en su vida habia tocado una nabaja; y asi á las primeras pasadas le pegó dos arañazos algo considerables. — ¡Ay, ay! esclamó el barbero, que miraba de lado mientras acomodaba listamente al gendarme: "He »aqui una barba que no saldrá »muy cara." Pasaron á la sazon dos hombres por la calle, inmediatos á la celosía del barbero, y dijo el uno: "Esta es sin duda la »casa; ¿pero crees tú que nuestro »desertor esté en ella?" Estas úl-

timas palabras causaron á Luciano tal conmocion, que por poco no se lleva la nariz de su paciente. "A fé mia, dijo el barbero, »que es afortunado ese joven, »puesto que se ve afeitado sin »costarle un ochavo."

No estaba para tales consuelos el conscripto, que arrebatado por el dolor agarró del pescuezo á Luciano, y éste se defendia como mejor podia, cuando el gendarme, que habia oido las palabras del pasagero, reparando ademas la turbacion de su mancebo principal, se puso entre ambos, y sacando un papel de la faldriquera empezó á leer mirando á Luciano las siguientes señas: cabello rubio, ojos azules, cara ovalada; vamos, no hay duda,

es..... —"Luciano Engelberto, di-
»jo un nuevo personage entrando
»en la tienda." — "Sí señor, di-
»jo el gendarme, cuadrándose y
»poniéndose sobre las armas con
»la cara á medio afeitar." To-
dos los demas gritaron: el Rey.

Era en efecto el que acababa de entrar en casa del barbero Nicolás S. M. el Rey de los Paises-Bajos, acompañado de Mr. Vanderstein. Aquel venerable anciano cuando iba á Bruselas á solicitar el perdon de Luciano habia encontrado al Monarca, que encantado con una hermosa mañana de primavera se paseaba fuera de la poblacion sin acompañamiento ni escolta. Aprovechándose entonces el cura de la ocasion habia presentado su me-

morial sin mas recomendacion que la historia de Luciano sencillamente contada. S. M., despues de haber escuchado al señor Vanderstein, prometió perdonar á Luciano, con tal de que estuviese en casa de Nicolás, y le hubiese entregado el duro, para lo cual el monarca y el cura fueron juntos al pueblecillo. Luciano habia merecido su perdon, y lo obtuvo, encargando el mismo Rey al señor Vanderstein restituyese aquel joven á su familia, y tomando sobre sí los gastos del viage.

MARÍA.

No se desocupó la casa del barbero en todo el dia. Concurria una multitud de gente, no solo de los contornos, sino aun del mismo Bruselas, por saber los pormenores de la historia de Luciano, volviendo cada uno echando bendiciones al Rey y al párroco. La muger de Nicolás ayudó admirablemente á su marido en aquel dia memorable, pues fija en el umbral pintaba á cuantos no podian penetrar en la casa su sorpresa en el momento en que el Rey se descubrió, al pa-

so que su marido en lo interior de la habitacion espresaba por una pantomima animada, y á veces intermediada de diálogo, el terror de Luciano, la cólera del conscripto, y la sangre fria del gendarme. Los gestos y el tono con que contrahacia á los diferentes personages que habian figurado, llamaron la atencion de un viagero, que dejado su carruage para informarse de la verdad del caso, le dijo: "Qué dia»blos, maestro Nicolás, V. es »un arrogante cómico." "Caba»llero, replicó el barbero, es que »he visto á Talma." — ¡Hombre afortunado! volvió á esclamar el viagero: ¿con qué ha visto V. á Talma? Tal vez en el Sila. — No señor, en una de las calles prin-

cipales de Bruselas. Despues de esta respuesta, que pronunció el barbero con un tono importante, el viagero le dió para refrescar, y haciendo lo mismo los demas salieron todos. Aquellas propinejas, unidas á la munificencia del Rey, me proporcionaron buena compañía en el bolsillo del barbero, y estimularon su vocacion teatral casi tanto como su encuentro con Talma. A la mañana siguiente la maestra quedó sola en su casa, pues su marido fue á contar la aventura en todos los bodegones de la aldea. Tenia el barbero un hermano llamado Esteban, de oficio bodegonero, y alli fue donde me dejó en pago de un escote.

Esteban era tan avariento co-

mo su hermano disipador. Apenas anocheció, cuando por economizar la luz envió á acostarse á toda la familia, y despues de haber cerrado su puerta y ventanas con gruesas barras de hierro, observando si alguno podia verle ú oirle se acercó á su mostrador para sacar el dinero de la venta del dia, contándolo repetidas veces, y luchando entre la avaricia, que le persuadia á que lo ahuchase todo, y la razon que le aconsejaba que sacrificase una parte para renovar los artículos del siguiente dia, so pena de no poder aumentar mas su tesoro. ¡Por cuán felices reputaba á los que teniendo una renta segura reciben y no estan obligados jamas á gastar! Despues de varias dudas se

decidió á invertir seis pesetas en sus provisiones; seis pesetas, que á lo menos le debian producir quince. Contólas en moneda menuda, dando grandes suspiros y sin poder nunca decidirse á gastar los últimos ocho cuartos. Volvió á contar el dinero, y quitó todavía alguna cosa. Por último, á tiempo de ir á salir retrocedió por dos veces, reduciendo el gasto que debia hacer á la mitad, y supo darse tan buena maña al echar sus cuentas, calculando lo que debia aumentar de precio á los consumidores, que no obstante la disminucion del gasto debia quedar la misma ganancia.

Despues de haber capitulado de esta manera consigo mismo, abrió Esteban la puerta de un

recodo que le servia de aposento, levantó un pedazo de tapia, y en seguida una plancha de hierro que cubria una escavacion hecha en la pared; puso su bolsa sobre ella, y entonces plata y cobre fuimos cayendo mezclados sobre un monton de nuestros semejantes, y quedé sepultado en el cofre de un avariento. Consternóme la idea de aquel cautiverio; en efecto, ¿de que podia servirme mi inteligencia, sensibilidad y hermosura, si el único ser que debia verme me podia tener encerrado años y mas años sin ver la luz del sol? Mis quejas fueron interrumpidas por un suspiro, y poniéndome inmediatamente en acecho advertí que una piedrecita desprendida de la

pared dejaba un claro que bastaba apenas para la cabeza de un alfiler por donde entraba la luz, pero que era lo bastante para ponerme en comunicacion con los habitantes del aposento inmediato á la estancia en donde estaba de centinela siempre el desgraciado Esteban, asaltado de sospechas y recelos. Los suspiros que yo habia escuchado eran de *la* madre de Esteban y de Nicolás. Habiendo venido á caer bajo la dependencia de ellos, mal alimentada, mal alojada, y padeciendo el frio y humedad en un cuarto bajo, ¡con qué amargura pensaba en la infancia de sus hijos! ¡cómo la pesaba no haberlos corregido en tiempo oportuno! Con efecto, ella habia visto con la ma-

yor indiferencia á Esteban con las faldriqueras llenas de golosinas ser el primero que presentaba la mano cuando habia que recibir alguna cosa, sin que le ocurriese jamas el llamar á un camarada para repartirla con él, y mucho menos la idea de obsequiar á alguno, al paso que Nicolás, no pensando mas que en sí mismo, pero gustando divertirse, saqueaba la casa, sin detenerse en que sus entretenimientos momentáneos podian acarrear á su familia privaciones de meses enteros. Asi fue como la pobre madre dejó que se arraigasen en el corazon de sus hijos el egoismo y la insensibilidad que producen igualmente la prodigalidad y la avaricia. Asi es que

cuando enviudó, y la fue preciso pedir á sus hijos lo que ella habia hecho por ellos en su infancia, encontró en fin en casa de su hijo Nicolás la miseria y la brutalidad, consecuencias del desorden; y al lado de Esteban, que estaba en el seno de la opulencia, privaciones comparables á las que se padecen en una ciudad sitiada, ó sobre una playa desierta despues de un naufragio.

El posadero y el barbero no eran los únicos hijos de aquella desgraciada madre, pues la Providencia le habia dado tambien una hija para su consuelo. María, niña todavía, era una prueba de que en cualquiera situacion que la voluntad de Dios nos coloque, la obediencia á sus pre-

ceptos nos deja siempre tranquilos y satisfechos. Jamas María murmuró contra su suerte. la sonrisa se veia siempre en sus labios, y sus ojos se elevaban hácia el cielo con gratitud; mas no por eso era Esteban menos avaro con ella que con los demas; y Nicolás, con los compromisos en que le ponia su disipacion, acababa de usurparla el corto producto de su trabajo, no sabiendo la apreciable niña sino amar, no solo á los que la lisonjeaban ó procuraban agradarla, sino á todos sus semejantes, porque Dios manda querer á todos como á hermanos. María tampoco agradaba por la hermosura, la fortuna y los talentos, pues era fea, pobre é ignorante, pero sí, por

una inagotable dulzura y un desprendimiento entero de sí misma, pues no tenia mayor placer que el de ocasionar alguna satisfaccion, ó suavizar alguna pena. Procurando María complacer, encontraba tambien coyuntura de practicar la virtud, en donde los demas no hallaban sino motivos de aparecer débiles ó ridículos. Sus recreos llevaban constantemente el sello de su caracter angelical: los muchachuelos de la aldea, que todos la querian, no se cansaban de buscar nidos para regalarla, y María suspiraba al pensar en la pobre madre, á quien se la robaban sus hijuelos, y ya que no podia devolvérselos se dedicaba á cuidar á sus huerfanitos. Cuando ya

habian crecido no los encerraba en jaulas, para disfrutar el placer de verles dar infructuosos golpes contra las rejas de su prision; podian juguetear libremente en los árboles del contorno; volvian á la ventana de María; se la ponian en la cabeza ó en los hombros, tomaban el alimento de su mano; y asegurados de encontrar en ella proteccion volaban á su lado siempre que una nube ó alguna ave de rapiña les amenazaba.

El señor Vanderstein, que amaba á María como si fuera hija suya, la daba flores, las cuales cuidadas por ella, regadas á tiempo, y abrigadas de la temperatura y de las tempestades, eran las mas hermosas del pais;

y si una muger ó un niño echaba al pasar una mirada envidiosa sobre los rosales de María, cogia ella las rosas mas frescas, y corria á ofrecérselas, sin cuidar de si aquellos á quienes regalaba eran mas ricos que ella, pues en la sorpresa que les proporcionaba sentia un placer mayor que el de ellos, porque aunque tan pobre sabia hacer bien, como que aquel que no da sino dinero hace muy poco para consolar al desgraciado. Sucedió que un verano algunos aldeanos que se habian descuidado en la saludable práctica de la vacuna, tuvieron á sus niños atacados de la viruela: cayeron enfermos á un tiempo todos los de una vecina de Esteban, y teniendo la pobre

madre que ganar su vida por fuera no podia cuidarlas. Constituyóse María enfermera de los niños, cuidándoles quince dias y otras tantas noches con la mayor inteligencia y zelo. Los niños la debieron la vida, y ella volvió á su casa pálida y flaca; pero ¡por cuán bien pagada se tuvo al ver salir á la vecina con su pequeñuela familia, y arrojarse los cuatro en sus brazos, manifestándola su amor y agradecimiento! En aquel momento de embriaguez para María se presentó Esteban, y aquella joven feliz le abrazó con un movimiento tan vivo, que el corazon del avaro no pudo menos de conmoverse. María amaba á su hermano porque no estaba al alcance de la

avaricia de éste el privarla de sus placeres. Asi fue como yo conocí á María durante los siete años que permanecí encerrado en el tesoro del bodegonero. Al fin del séptimo verano cayó Esteban malo, y sordo á las lágrimas de su madre y de su hermana se negó constantemente á gastar ni un cuarto en curarse. Falleció pues despues de una corta enfermedad, y la misma noche en que murió no bien se sacó de la casa á María y á su madre, el barbero Nicolás, aprovechándose de la soledad arrancó el pedazo de la tapia que cubria la plancha de hierro, y sin perder tiempo en averiguar el secreto de la cerradura tomó una hacha, con cuyos reiterados golpes hizo saltar

la pared. Entonces saliendo por la abertura todas las riquezas de Esteban, se derramaron por la pieza con tanta prontitud, como si cada moneda, dotada como yo de inteligencia, se hubiese dado priesa á recobrar su libertad. A la vista de aquel tesoro el barbero dió gritos de alegría que atrajeron á los vecinos. Todos se escandalizaron de esta conducta, echándosela en cara á Nicolás, sin reparar que en el corazon de un pródigo atormentado por la sed de los placeres, la vista del oro ahoga todo humano sentimiento, lo mismo que en el del avaro.

Yo caí en suerte á María en la particion que se hizo de los bienes de Esteban; pero no per-

manecí mucho tiempo con ella, porque en la misma tarde dejé la aldea y pasé á la casa del señor Vanderstein, para pagar al abogado defensor de los intereses de María contra el pródigo Nicolás.

REGRESO DEL DURO

Á PARÍS.

Al entrar en el gabinete del venerable párroco fijé en él toda mi atencion, notando que ni las enfermedades se habian atrevido á acercarse á un cuerpo protegido por la templanza, ni los vicios á atacar un alma verdaderamente piadosa. Al lado del señor Vandersteín estaba un joven, en cuyas facciones se veian retratados el candor y la discrecion, y este era el abogado á quien María lle-

o

vaba su dinero. Oí que Clotilde le llamaba el señor Engelbert, y reconocí á Luciano, no ya joven indocil, escolar travieso, y soldado indisciplinado, sino hombre formado á la virtud por el buen párroco, y con tantas trazas de verse feliz, cuantas habia tenido de su miseria en la noche que en aquel mismo gabinete habia franqueado su corazon al señor de Vanderstein.

Luciano se estaba disponiendo para un viage: yo fuí encerrado con numerosa compañía en una gran bolsa de cuero que se metió en una cajita. A la otra mañana temprano se puso la cajita en un cabriolé, al cual se engancharon dos caballos de posta. Luciano abrazó tiernamente al

párroco, se metió en el carruage, latigueó á sus caballos, y salimos para París. Asi es como volví á mi patria.

El viage fue triste; no tuve en él relacion alguna sino con los empleados en la aduana en el momento del registro de los enseres de Luciano. Conocí cuando entrábamos en París por el confuso rumor que sentí al rededor, y el amor de la patria me hizo mucho mas desagradable la estrechez de mi prision. Los redoblados chasquidos del látigo del postillon anunciaban ya el término de mi viage cuando se detuvo el cabriolé. — ¿Es aqui la fábrica de bronce de Mr. Miguel Engellert? preguntó Luciano. — Si señor, le respondieron. — ¡Lu-

ciano! — ¡Luciano Engelbert! — ¡Mi primo Luciano! esclamaron á un tiempo diferentes voces delicadas. El joven salió fuera del cabriolé: percibí que se abrazaban cariñosamente, y que despues se alejaban rápidamente. El hombre que habia respondido á Luciano hizo que entrasen el carruage, y pagó al postillon, quien despues de desenganchados los caballos se marchó silvando, y nada mas volví ya á oir. Tardaron un buen rato desde que llegamos hasta que vinieron á descargar el cabriolé. Un individuo, á quien yo no podia ver, subió ligeramente sobre la rueda, é iba á coger la caja que contenia el bagaje de Luciano, al cual oí gritar: "Ten cuidado, Francis-

»co, porque esa caja es pesada, »y no puedes con ella; llama pa- »ra que te ayude á un criado, ó »déjanos bajarla á tu hermano »y á mí.»

FRANCISCO.

Vamos, primo: tú estas cansado de tu viage, y por lo que hace á Teófilo harto le pesan sus laureles, y debe descansar en el dia en que ha recibido de manos del rector de la universidad el premio honorífico de su aplicacion. = Entonces una voz femenil repuso: si es asi, primo, que la ciencia y la gloria debilitan y enervan, deja que lleve tu caja Francisco, porque puede emprender los doce trabajos de Hércules.

FRANCISCO.

Mira, primo, escribe á Lieja que mi hermana Enriqueta es una impertinente.

Sin escuchar mas réplica se preparaba Francisco á levantar la caja, cuando saltando un niño por detras del cabriolé gritó: "¿y no me darás nada á mí que »llevar, hermano mio?"

FRANCISCO.

No seas cansado, charlatan. Mamá, llame V. á Juan. Ten, ten, Luciano, tu caja.

Francisco habia logrado efectivamente arrancarla de sobre el imperial; pero como era demasiado pesada para un brazo de diez y seis años, no la pudo sos-

tener, y fue á hacerse pedazos contra el suelo, aplaudiéndose aquella catástrofe con generales carcajadas de risa. La bolsa de cuero, que fue una de las primeras que salieron del cofre, se abrió al caer, y con esto volví á ver la luz. Era una tarde hermosa del mes de agosto: una linda señorita y tres muchachos ayudaban riéndose á Luciano á recoger su dinero, que rodaba por el suelo de un gran patio. Parecióme que no me era nuevo aquel sitio, porque la casa, la familia, los nombres y las voces todo me recordaba la calle de Charonne, y no tardé en cerciorarme en que me hallaba en medio de mis amiguitos del coche simon, ya grandes de siete años

á aquella parte, pero poco mudados. Aunque procuré ver el rincon de la bollera, no dí con él, y sí en su lugar con una hermosa tienda de pastelería, á cuya puerta Felicia con la cabeza cubierta con un pañuelo muy blanco, recogido el delantal y con el cuchillo al cinto se estaba riendo del afan con que andaban sus vecinos.

Cuando se recogió todo el dinero se trató de subir el bagage de Luciano: Enriqueta sin andarse en chiquitas se vistió la toga y el bonete, tomó algunos volúmenes de derecho y dos sacos de procesos que Luciano habia llevado, y con un aire cómico abrió la marcha con gravedad: seguíanla sus tres hermanos y su

primo cargados de lo que podian llevar; y asi atravesamos el comedor, en el que la amable y juiciosa Sofía daba sus disposiciones para poner la mesa. Entramos despues en la pieza en que estaban el señor Engelbert y su esposa, que ya acostumbrados al ruido, no habian hecho alto del que se sentia en el patio. El señor Engelbert se distraia de sus tareas con su pequeñuela Emma, que tenia sobre sus rodillas, y que era tan rubia y fresca cual habia yo visto á Juanito en su edad; y su muger, apoyada contra el respaldo de la silla, contemplaba gozosamente las gracias de su hijo mas pequeño. La entrada grotesca de su familia atrajo sin embargo su atencion; di-

ciendo con suave y triste voz á Francisco: ¿eres tú todavía el que mete tanta bulla?

FRANCISCO.

No, mamá, pregúnteselo V. eso á Juan.

La señora Engelbert sin atender á Francisco dijo á Enriqueta: "Hija mia, ¿es eso justo? »Mira que dentro de tres meses »tendrás ya diez y siete años."

Dicho esto desnudó á Enriqueta de la toga y del bonete de abogado. El padre añadió algunas palabras, y todo volvió al orden: llamaron á un criado, el cual llevó la bolsa y los efectos de Luciano á la habitacion que le tenian destinada.

Hallándome cerca de Luciano

por la noche, y en aquellos momentos en que podia entregarse á sus reflexiones, pronto penetré sus mas secretos pensamientos. Luciano iba á París para casarse, y sus padres le habian elegido para esposa á Enriqueta sin conocerla. Una hermana de la señora Engelbert, que era madrina de Enriqueta, la habia legado una cantidad enorme para su dote. Su hermana, aunque no tan rica ni bella, pero sí mas juiciosa, estaba íntimamente adherida á su madre, ayudándola con mucho acierto en los quehaceres de la casa, y en los que exigia Juanito y Emma. No tenia la viveza de Enriqueta cuando se trataba de brillar ó de divertirse; mas era pronta para ha-

cer un favor, económica en las cosas de puro recreo ú ostentacion, generosa y casi pródiga en cuanto al bien estar de los criados y el de los desgraciados; y en fin, modesta, sufrida y discreta al lado de una hermana aturdida, ligera y únicamente ocupada en sí misma. No podia tardar en decidirse el corazon del alumno del buen párroco, y asi fue que á los ocho dias de estancia en casa de su tio, sin embargo de la hermosura de Enriqueta y de su rico dote, escribió á sus padres manifestándoles la permuta que pensaba hacer de la que le habian elegido por su hermana, y pidiéndoles su aprobacion. Cuando el señor Engelbert supo que su sobrino

preferia entre sus dos hijas á Sofía, respondió que de ningun modo podia vituperar una eleccion que él tambien la hubiera hecho á estar en su lugar. En cuanto á la señora Engelbert no pudo la felicidad de una de sus hijas aliviar la pesadumbre de su corazon maternal en ver desechada á la otra.

No bien quedó ya decidido el casamiento de Sofía, todo tomó en la casa un aspecto de fiesta. Lo alejada que está la calle de Charonne del centro de París, y los cuidados que lleva consigo una numerosa familia habian privado á la señora Engelbert y á sus hijas de las diversiones de aquella gran capital, por lo que Luciano quiso agasajarlas, ha-

ciendo que viesen los diferentes teatros. El señor Engelbert concedio ocho dias para esta revista que debia hacerse en union de toda la familia. El dia octavo estaba señalado para ir por segunda vez á la ópera, y Enriqueta, Teófilo y aun Sofía se alegraban de ver una funcion nueva, cuando Francisco afectando un gran desden, pidió á su primo le proporcionase el ir al *teatro francés* pues queria oir mas bien una pieza de Moliere, que ver dar cabriolas. Luciano y su tio cayeron en el lazo de aquel fingido pretesto; pero apenas pasé yo de el bolsillo de Luciano á poder de Francisco, cuando descubri su pucril vanidad, y que le agitaba solamente el deseo de ir solo

teatro, y de hacer alli de persona. ¡Qué cosa mas ridicula, se decia á sí mismo, que el estar siempre sujeto como Juan, y tener al lado todos los momentos quien le diga á uno *chit* cuando uno habla, ó *cuidado* cuando uno va á andar!

No dejó de dar alguna inquietud á la señora Engelbert el que un muchacho de quince años se arriesgase á ir solo de noche á un cuartel lejano, y asi encargó muchisimo á su hijo dejase el teatro despues de vista la primera pieza, y tomase un carruage para volver. Francisco se lo prometió todo sin casi oir lo que le decian, y preparándose entonces como para una máscara, tomo en el gabinete de su padre un her-

moso alfiler de diamantes que se le puso en la corbata: en el de Luciano un relox con su cadena y sellos, en la cómoda de su madre un anteojo de teatro muy elegante; y asi adornado y creyéndose con todo el aire de una persona de importancia, se salió de la casa mientras que los demas estaban todavía de sobre mesa.

LOS LADRONES.

Colocado ya nuestro petimetre en el teatro francés se puso á catelejear á derecha é izquierda, como hubiera podido hacerlo un necio de diez años mas de edad que él. No solamente asistió Francisco á la representacion de la segunda pieza, no obstante lo que habia prometido á su madre, sino que creyó que era cosa de tono el pasearse despues de la comedia en Palais Royal: la noche estaba hermosa, las calles del jardin llenas de gente, por las ven-

tanas abiertas se veian las brillantes iluminaciones de los cafés y casas de juego. Francisco habia oido hablar con horror de aquellas madrigueras de malas compañías, pero jamas las habia visto. El presuntuoso muchacho se repetia lo que habia oido decir, esto es; que *un hombre debe saber de todo*; y figurándose ser ya un hombre, quiso ver de cerca una de aquellas redes tendidas á la codicia, y subió á una casa de juego. Detúvose bastante tiempo mirando con sorpresa lo que pasaba en la mesa, delante de la cual estaba, y nada podia comprender. Atrevióse á preguntárselo á un jugador, que le dijo con tono áspero: "Pon al la»do que quieras un duro, y ve-

»rás lo que se hace de él." Intimidado Francisco con aquellas imperiosas palabras me echó sobre el tapiz verde, y no sabiendo despues que hacerse me dejó allí, no osando preguntar mas al hombre de mal humor, que sin embargo le pareció el mas urbano de toda aquella compañía. La fortuna le fue favorable, y habiendo ganado diferentes manos consecutivas me encontré cubierto de bastantes monedas de plata, sin que le pasase á Francisco por la imaginacion que pudiesen ser suyas, cuando el hombre que le habia hablado con tan severo tono le dijo: "Coge ese di-»nero, tonto, y no tientes mas »á la fortuna, aunque sea ella »tan necia para favorecer á tales

»como tú. ¡ Es buena picardía
»dejar que entren aqui mucha-
»chos de tal edad, que sin saber
»lo que se hacen ganan siem-
»pre?" Durante esta arenga del
jugador contaba Francisco mas
de cien pesetas que habia gana-
do. Aquella cantidad fijó la aten-
cion de unos mozalvetes de mala
traza que estaban en derredor de
la mesa, y desde aquel momen-
to no perdieron ya de vista á
Francisco. Sonaron las doce de
la noche, y se levantó la banca.

Aquella palabra *las doce de la noche* hizo volver en sí á Fran-
cisco, y pensar en la inquietud
en que estaria su madre; y ba-
jando las escaleras de cuatro en
cuatro salió á la plaza de Palais
Royal; entra en un simon, y di-

ce al cochero: "Calle de Charon-
»ne, número 30." ¡Calle de Charonne, y á media noche! dijo el cochero, anda trastuelo: "¿te »parece que me dejaré burlar de »tí?" Cogió, diciendo esto, boniticamente á Francisco por el brazo, y le hizo salir del carruage. Como no tenia la fuerza necesaria para hacerse respetar, é ignoraba por otra parte las leyes que podia reclamar en tal caso, renunciando á probar la complacencia de otros cocheros, y oprimido de sentimiento y con ojos llorosos tomó á pie el camino de su casa. En la calle de San Honorato se le figuró que le seguian los pasos los dos mozos de mala catadura que habia visto en el juego; aunque era ya tan

tarde todavía, no estaban cerradas todas las tiendas, y se encontraba gente y equipages; mas en el punto en que se angostaba la calle y estaba mas solitaria alcanzó Francisco á un hombre, que por sus vigotes y uniforme daba desde luego á entender que era militar. Siguióle por de pronto silenciosamente, y despues se arrostró á preguntarle si deberia ir por mucho tiempo con la misma direccion. — Hasta la calle de San Antonio, amiguito. Contento Francisco con tal noticia, y habiéndole pedido permiso para continuar á su lado, caminó alegremente hasta la iglesia de San Pablo; pero le fue preciso separarse en aquel punto de su compañero, debiendo atravesar la pla-

za de la Bastilla, y subió al arrabal de San Antonio hasta la calle de Charonne.

Quedóse pues otra vez solo, y no dejó de volver á ver á lo lejos á los mismos hombres que habia reparado en la plaza de Palais Royal. El relox de la iglesia de San Pablo dió la una, y esta campanada estremeciéndole, le puso alas en los pies, y corrió tan bien, que se prometia llegar á su casa sin que nadie le alcanzase. Era con todo larga la distancia; le faltaba el aliento, y conoció que le perseguian. Percibió ya muy próximas las pisadas de algunos, y no parecia sino que la calle de Charonne se iba alejando cada vez mas. En fin llegó á ver su casa, y cuan-

do se creia en puerto seguro cae en el suelo enredado en un palo que le tiraron á los pies, y arrojándose sobre él cuatro hombres le roban su dinero y alhajas. Al ver que le querian despojar tambien del relox de su primo se resistió, y empezó á gritar pidiendo socorro "Házle callar, dijo uno de los ladrones, »porque sale gente de la pastelería." Sin mas tardanza le sacudieron un bastonazo en la cabeza, con el que cayó al suelo aturdido. Dueños ya los ladrones de su dinero y parte de sus alhajas, le quitaron en pocos instantes su frac y sombrero, y se alejan, en tanto que Felicia, no oyendo ya nada, se mantenia indecisa á la puerta de su tienda. — ¿Traes

el relox, preguntó uno de los ladrones? — No: ¿no le has cogido tú? — No: ¡mentecato! anda, vuelve á quitárselo, porque es lo mejor de la presa. El pobre Francisco, vuelto en sí al ver otra vez al malhechor, da un grito mas agudo que el primero, y que puede costarle la vida; pero entonces se mueve Felicia, ábrese al mismo tiempo la puerta de la casa del señor Engelbert, y cinco hombres armados con fusiles y palos, y precedidos de una muger que llamó dolorosamente á Francisco, se precipitan sobre los ladrones, los cuales echan á huir abandonando su víctima.

Despues que partieron entre sí el botin se separaron los cómplices, y el que me llevaba cor-

rió sin detenerse, y metiéndose por calles poco frecuentadas llegó á la de San Martin. Aunque fue enorme el viage que habia echado persiguiendo á Francisco, me asombró verdaderamente la rapidez de su retirada. Tenia aquel mozo el corazon de una liebre y tambien su agilidad. Si pasábamos junto á las tapias de algun jardin, el ruido de las ramas movidas por el viento le hacia temblar mas que ellas mismas. ¡ Estraña inconsecuencia del hombre que se asusta de todo, escepto de lo mas arriesgado y espantoso que es el crimen!

Detúvose el ladron en la misma calle delante de una casa pequeña, y sacando un resorte abrió la puerta y penetró en un obs-

curo y largo callejon : en seguida subió á tientas la escalera, contando al subir los escalones. Hizo cierta señal en el quinto piso, y se abrió á ella el ventanillo, por donde asomó la cabeza de una vieja á la luz de una vela. — He aqui, la dijo el ladron, el producto de esta noche; y diciendo esto la entregó el anteojo de teatro de la señora Engelbert. Tomóle la vieja, y se retiró sin decir palabra; pero volvió á poco rato, y dijo que no se queria aquello sino iba acompañado de numerario.—El ladron echó unas cuantas maldiciones; pero metiendo la mano en la faldriquera sacó cinco duros, contado yo entre ellos, y se los dió á la vieja, que le volvió igual cantidad, y

tres pesetas mas por el anteojo que era tan elegante y precioso; y corriendo despues el cerrojo volvió á meterse en lo interior de la casa.

Aunque hacia bastante calor, por ser una de las noches mas hermosas de agosto, ví una gran lumbre en la chimenea, y un hombre del mas repugnante esterior que estaba sentado á ella arrojando á las llamas velos, tules, pañuelos de gasa y cinturones de diferentes colores. La muger apoyada contra su silla miraba con envidia aquellos adornos de su sexo, manifestando el sentimiento que la causaba tal sacrificio. — Estos andrajos, respondió el hombre echando al fuego la última pieza, no valen cua-

tro cuartos; y para nada sirven sino para que nos ahorquen como le ha sucedido á Santiago. No desplegó sus labios la muger, y quemado ya todo apagó la lumbre. Él tomó los cinco duros que habia cambiado con el ladron mozo, y nos metió en un licor, cuya virtud disolvente nos quitó una parte de nuestro peso y valor.

Conocí entonces el objeto con que cambió el dinero, y que fuera de los otros artículos precisos que compraba á bajo precio, exigia de los ladrones el trueque de monedas de buena ley contra las que él les entregaba ya adulteradas. Despues que aquel miserable nos puso en tan lastimoso estado, nos metió bajo de su cama en un baul lleno de mone-

das de oro y plata, alhajas rotas y diamantes desmontados; hecho lo cual se tendió en su lecho, al que no tardó en venir á acompañarle su muy digna compañera.

Por fortuna no habia sufrido menoscabo alguno mi inteligencia, aunque mi valor numerario se hubiese disminuido; y asi pude saber los secretos de aquellos dos individuos. Proseguia el hombre con sus principiadas reflexiones, y se decia: "Tendré cuando menos unos cuarenta mil reales de chales, encages y telas bordadas cogidas en el rico almacen de la calle de San Honorato; es verdad que valen mas de ciento veinte mil, y caminando con cautela puedo pro-

»meterme que me valgan los o-»chenta mil, y esto sin mas ries-»go que aquel á que me espone »esta canalla. Si ellos pudiesen »adivinar lo que hay en este »cuarto me asesinarian sin com-»pasion alguna, y el primero hu-»biera sido Bartolomé." En aquel instante se sintió un ligero sonido, y ya el ocultador pensó que le desquiciaban la puerta. Tembló de pies á cabeza; mas asegurado por el profundo silencio que se siguió, alargó la mano á una botella de rom, y se echó á pechos unos cuantos sorbos para desechar tan tristes ideas. Volvió á echarse sobre la almohada, y continuó en echar sus cuentas. "Hay entre los chales uno de »casimir blanco, digno cierta-

»mente de una princesa. Si tu-
»viese un poco de atrevimiento
»lo podia presentar yo mismo, y
»solo él me podia dar mas de dos
»mil escudos." En esto se que-
dó dormido, y aun en sueños
estaba haciendo castillos en el ai-
re. Se creia disfrazado de comer-
ciante estrangero, enseñando sus
chales y tules en el tocador de
una princesa que se los pagaba
á buen precio; pero como todos
eran robados se temia que los re-
conociesen, y el sobresalto de
aquel recuerdo despertó al su-
puesto comerciante, que daba
vueltas en el lecho sin poder sa-
cudir tan importunos temores.
Volvió pues á recurrir al rom
diciendo: "No, no, este oficio es
»detestable, porque se gana po-

»co, y se arriesga muchísimo.
»¡Ah! si yo pudiese conseguir el
»imitar bien los luises de oro,
»entonces sí que me hacia rico.
»Juntaria un buen caudal, y pa-
»saria á pais estrangero, dejan-
»do á retaguardia á la madre de
»Bartolomé y demas, con quie-
»nes cargue cuanto antes la jus-
»ticia. Cuando me vea en pais se-
»guro compraré una buena po-
»sesion, y viviré tranquilo. ¿Quién
»podrá entonces sospechar nada
»del caballero Santiago ó Bautis-
»ta? Por otra parte el dinero ha-
»ce respetable á todos: si se me
»antoja añadir mas terrenos á mi
»parque, á fé que yo sé bien co-
»mo hallar dinero. Tan, tan, tan,
»con unos cuantos golpecitos de
»volante, y ya tengo oro." Abis-

mado en tales planes creia el desdichado haber recobrado aquella estimacion que para siempre se la habia quitado su mala conducta. Recorria pues en idea sus dominios; pero se le figuraba encontrar al recodo de una senda á sus antiguos cómplices, y que le conocen y es preso, pareciéndole que oye una voz que grita: la horca á ese monedero falso. Despiértase cubierto de un sudor frio y con un movimiento convulsivo: coge la botella, apúrala de un solo trago, y un sueño aletargado, producido por la embriaguez, suspende en él el convencimiento de sus delitos y el miedo del castigo.

La muger, que tampoco estaba muy tranquila, en vez de

buscar el sueño, hacia cuanto podia por mantenerse despierta. "¡Con tal que pudiesen robar es»ta noche á ese German!.... Ya »he prevenido á Bartolomé que »cuando menos tendrá en su ca»sa veinte mil reales. ¡Hay hom»bres por cierto afortunados! »Cuando niño no era mas rico que »mi hijo; es ya un señor; tiene »un almacen de juguetes de mu»chachos, y su abuela es dichosa. »Ella le hacia trabajar todos los »dias, y ahora él la cuida. ¡Y yo, »que no veia sino con los ojos de »mi hijo, que jamas le contra»rié en cosa alguna, que quita»ba dinero á su padre para que »tuviera que llevar en el bolsi»llo!...." Aquella muger suspiró al recordar lo que tenia que sufrir

con su hijo, y despues añadió: "Si tengo la felicidad de que Bar- »tolomé salga un buen mucha- »cho, le aconsejaré que al primer »buen golpe de mano que dé to- »me una tienda. ¡Oh! los ten- »deros ganan lo que quieren, y »con pedazos de papel hacen al »cabo barras de oro: echan una »firma, y aqui tiene V. el dine- »ro. Estaré sentada en un ele- »gante mostrador de caoba, de- »jaré estos miserables andrajos..." Alimentándose con tan quiméricas visiones se durmió la madre de Bartolomé.

Asaltáronla asimismo en sueños el vano deseo de brillar, y el amor de un lujo superior á su condicion, que eran los que la habian perdido. Se figuró en su edad

juvenil; tiempo en el que educándola una muger piadosa, su protectora, la habia vendido por un vestido de seda y un sombrero de plumas. Se consideraba en su lujoso tocador; mas al mirarse en el espejo la fue forzoso conocer los ultrages de los años, y no obstante cuanto posteriormente habia sufrido, fue todavía bastante aquel sentimiento de vergüenza para hacerla despertar y temer volver á dormirse. Sentóse pues en el lecho, tomó unos cuantos polvos, y procuró cantar, aunque en voz baja, para ahuyentar el sueño, sin que consiguiese nada con tales esfuerzos. Inclinóse sobre el pecho su pesada cabeza, se confundieron nuevamente sus ideas, y soñó que es-

taba en la calle con un tiempo borrascoso en busca de Bartolomé, que á la edad de diez años se habia escapado por primera vez de su casa. Escuchó las primeras injurias que le dijo su hijo, sintió el primer golpe con que pagó sus reconvenciones; justo premio de la perversa educacion que le habia dado. Volviendo otra vez su fantasía á los dias de su juventud, se mira hermosa y ataviada, y que la llevan á un espectáculo; mas era este en la plaza de Greve. Una inmensa muchedumbre la oprime por todos lados; en vano quiere huir de semejante funcion, pues sus mismos movimientos la acercan mas al sitio de la ejecucion. Traen al verdugo un muchacho que era

Bartolomé; descúbrenle las espaldas. Un grito que dió la madre correspondiendo al que le pareció oir de su hijo la despertó, y se consoló de aquella horrorosa escena, que el discurso de seis años no habian podido borrar de su memoria, con decirse: en adelante será Bartolomé mas afortunado. Esta era toda su esperanza, no conociendo ya mas medios que los del crimen ó la miseria, pues eran cosas inconciliables con su alma envilecida el orden, el trabajo y la honradez. Se lisonjeaba pues con la idea del buen éxito de nuevos robos, y salta de la cama para substraerse á las imágenes verdaderas y terribles con que la persigue el sueño. Amanecia ya, se

oia cantar al gallo, y daban en el miserable lecho los primeros rayos del sol. "¡Qué miseria! se »dijo á sí misma, mirando los »muebles y sus propios vestidos! »Sin embargo hay aqui oro, al- »hajas y ricos vestidos, pero no »son para mí." Un ruido estraordinario suspendió su soliloquio, creyendo ser el de una llave que giraba en la cerraja. ¿Quién podrá entrar? nadie tiene la llave. No bien hizo esta reflexion, se abre de golpe la puerta, y se lanzaron en la habitacion una media docena de hombres y un comisario, á quienes guiaba Bartolomé, el cual habiéndose enganchado sin noticia de su madre en la brigada de seguridad, entregaba por primera hazaña á sus

miserables padres á la policía. Apresaron á la madre, sacaron por fuerza de su letargo al padre para llevarle á la carcel, se empaquetaron los chales y efectos robados, sellaron la caja en que yo estaba encerrado, la sacaron, y ya no ví cosa ninguna.

FIN

DE LA NARRACION

DEL DURO.

No volví á ver la luz sino para quedar colocado en el bufete del procurador del rey, el cual estaba ocupado en el interrogatorio de los ladrones. Toda la banda habia sido cogida, comprendiendo á hombres y mugeres. Los ví desfilar delante de mí, y los de mas edad apenas tenian veinte años, debiendo á costumbres viciosas,

contraidas desde la infancia, el mirarse en aquella situacion. El uno no habia podido vencer su pereza, y la miseria le habia arrastrado al crímen: el otro, entregándose á su inclinacion á mentir, habia perdido la confianza y afecto de sus maestros, porque es sabido que un niño á quien no protegen ni encaminan gentes de mas edad que él, es inmediatamente desgraciado, y para luego en delincuente. Habia algunos entre aquellos miserables á quienes yo compadecí verdaderamente: abandonados por sus padres pasaron sus primeros años en las puertas de las tabernas acechando los escesos de los bebedores, para imitar luego sus pasos trémulos y sus horrorosos discur-

sos: sus juegos habian sido un remedo de las quimeras y robos, y habiéndolos puesto en práctica en su juventud, llegaron á ser bandoleros en realidad. ¡Cuánto hubiera yo deseado que hubiese habido mas severidad para aquellos, que bien educados en su principio desecharon despues los preceptos de la moral y de la religion, para seguir su inclinacion á la desobediencia! Despues de los presos ví comparecer ante el tribunal los testigos y los demandantes.

El primero de entre estos, cuyo nombre llamó mi atencion, fue German: advertí en su fisonomía la misma calma que me habia encantado en él cuando niño: siempre activo, industrioso y econó-

mico no se debia sino á sí mismo la dichosa medianía de que gozaba. Supe con mucha satisfaccion no haber tenido efecto la tentativa hecha por los ladrones para robar su almacen; y despues de German se presentaron los señores Engelbert, que reconocieron por suya la bolsa, el anteojo y el alfiler de brillantes. Francisco con la cabeza todavía entrapajada acompañaba á su padre y á su primo, y me pareció ya curado de su presuncion, porque contó con semblante abochornado, y la voz ahogada por la vergüenza, como se habia encontrado solo y despues de media noche en la calle de San Antonio, y como un niño de su edad habia tenido bastante dinero pa-

ra escitar la codicia de los ladrones. Mas de cuatro veces frunció las cejas el magistrado durante su declaracion, cuyo movimiento, advertido por Francisco, le avergonzó todavía mas.

A la queja de los señores Engelbert sucedieron las de otros, que me convencieron mas y mas de las desgracias que ocasionan los niños que miran como supérfluos los consejos que se les da. Ví una niña que encargada de una parte de los cuidados domésticos, y siendo negligente en guardar los cubiertos de plata, habia promovido la debilidad de una desgraciada sirvienta. Otro niño que por hacer el guapo se obstinó contra los consejos de sus superiores en tener abierta de no-

che la ventana de su aposento, habia proporcionado asi libre paso para que robasen la caja de su padre. Vinieron despues muchos aprendices de ambos sexos que se habian descuidado en cerrar las puertas, perdido las llaves de sus amos, ó dejado entrar bajo frívolos pretestos personas estrañas en sus casas. Solo quedaba una declaracion que recibir, la cual era acerca del robo mas considerable, cometido en casa de las señoras Dupont y Saint Brieux, y supe que la señorita Dupont habia asociado á Luisa á su comercio. Con efecto reconocí aquella joven, cuyos modales distinguidos y libres de afectacion dimanaban mas bien de la elevacion de sus ideas y nobleza

de sentimientos, que de lo que se llama gran tono, tan voluble como la moda, y del que le habia conocido tan encaprichada en su infancia. Estando indispuesta la señorita Dupont acompañaba á Luisa la Baronesa de Belmart y su hermano Julio, que llevaba el uniforme de la escuela politécnica, seguido de una niña de trece á catorce años. Despues que la señorita Saint Brieux reconoció los chales, encages y telas que le habian robado, refirió las circunstancias antecedentes al robo, diciendo asi:

"Hará cosa de un año que una »sirvienta, arrastrada por malos »consejos, incurrió en una falta de »fidelidad, y considerando la seño»rita Dupont que era muy joven,

consintió, despues de haberla convencido de su delito, en disimular su falta, con condicion de que Águeda, que asi se llamaba, escucharia sus sabias amonestaciones, y se someteria á una vigilancia muy severa. Con esto nos prometimos librarla de que reincidiese, pero nos engañamos. Vinieron á advertir á la señorita Dupont que Águeda trataba otra vez con personas sospechosas, y entonces creyó mi prima que no habia medio mejor para preservarnos, y tambien á la misma Águeda, que el encerrarla en una casa de correccion: diéronse al efecto los pasos convenientes secretos para todo el mundo, menos para la señorita Elena Melval (esto lo dijo señalando á la

niña que habia venido con ella): esta señorita, aunque estraña en nuestra familia, venia á pasar por la primera vez las vacaciones, recomendada por su tio fabricante de Leon. Habiéndonos pues oido hablar de reclusion, aunque ignorando la persona de quien se trataba, creyó poder platicar con Águeda de una cosa que tanto nos ocupaba, y comprendiendo luego aquella lo que le amenazaba, desapareció por la tarde, y fuimos robados en la misma noche.

Confirmó Elena con una voz trémula cuanto habia dicho la señorita de Saint Brieux, y el magistrado dirigiéndose á Elena, V. tiene, la dijo, que echarse en cara, ademas del perjuicio ocasionado á la casa de Dupont y

Saint Brieux, la reincidencia de una infeliz, que apartada de las tentaciones en una edad en que su razon iba á desarrollarse, hubiera tal vez vuelto á la virtud. ¡ Ah señorita! una indiscrecion puede tener muy funestas consecuencias. La triste Elena al oir esto ocultó su rostro lleno de lágrimas contra el pecho de Luisa, y la señora Belmar contó al juez en voz baja el trágico fin de Melvar y el de su muger, que no le habia sobrevivido sino muy pocos años.

No salió Luisa sin haber implorado al magistrado en favor de Águeda, rogándole conciliase en lo posible con la severidad de las leyes la compasion, en vista de su juventud y de la piedad sincera que á veces habia mani-

festado, comprometiéndose en su nombre, y en el de la señorita Dupont, á que la miseria no fuese jamas un obstáculo á la conversion de aquella joven; y aunque el juez no pudo prometerlo todo, la dió á entender que se tendria la indulgencia posible.

Pronto se instruyó el espediente de los ladrones, á quienes impusieron diferentes castigos. Águeda fue condenada á diez años de reclusion; el encubridor y su muger á obras públicas perpetuamente, incurriendo en el mismo castigo Bartolomé, al cual llevaron al banco de los acusados las declaraciones de los cómplices que habia engañado.

Mientras aquellos miserables sufrian sus penas, yo, que no

podia entrar en circulacion por la alteracion sufrida, fui llevado por un escribano de diligencias á la casa de la moneda. Mi conductor, que tenia mas que una cosa que hacer, caminaba muy de priesa, cuando cerca de la iglesia de S. Martin se encontró atacado por un gran gentío atraido por una boda. Poco curioso y muy impaciente empleó el escribano toda la fuerza de sus codos para abrirse paso; pero al llegar á los escalones del templo reconoció que el número de convidados y el de los lujosos carruages en que habian venido igualaban á la multitud que ocupaba la calle. Estaba indeciso sobre lo que haria, cuando el Maire del departamento, que tambien era de la boda, le llamó diciendo:

V. que tan á menudo presencia espectáculos tristes, venga á ver uno que le regocijará. Este es el casamiento de la hija única de un rico negociante de juguetes de niños con un joven que por mucho tiempo fue el objeto de la caridad pública; pero German es un sugeto tan bello, que he solicitado como un favor el ser uno de sus testigos. En aquel momento se detuvo el carruage del novio, y el Maire se acercó para ayudar á German que conducia á su abuela paralítica al sitio que le estaba destinado en la iglesia. La buena muger ataviada con un soberbio vestido de seda parecia que habia recobrado la viveza de sus sentidos, para gozar de la felicidad de su nieto, y del honor

que le dispensaba el señor Maire. El escribano siguió la boda, tras la que iba un gran concurso, y sobre todo las mugeres acercaban cuanto podian sus hijos para que viesen pasar á German. El suegro, conduciendo á su hija, que me pareció hermosa, y sobre todo modesta, distribuia diferentes monedas á los pobres, diciendo con alegre voz: "Trabajad, trabajad, hijos mios, »porque esto nos ha surtido bien »á mi yerno y á mí."

No pudo detenerse el escribano á la ceremonia, pues le apretaba la hora, y salió de la iglesia por una puerta lateral, y gracias á la ligereza de sus pies llegamos prontamente á la casa de moneda. Al ver mi cuna cònocí

que estaba cumplida mi mision, y que en breve dejaria de raciocinar. Con efecto ha llegado mi última hora, y no veré ya un nuevo año. He dicho lo que he visto, y todo se ha acabado para mí.

El sabio no oyó mas palabras. Se despertó el dia primero de enero antes de lo que acostumbraba, y escribiendo lo que el duro acababa de contarle, destinó esta relacion para leerla á todos los jóvenes que iban á visitarle, persuadido de que al paso que les divirtiese, confirmaria á unos en la buena conducta, y apartaria á los otros de la mala.

FIN.